4741

El

Florentino.

15

24

EL FLORENTINO.

DRAMA EN 4 ACTOS Y 6 CUADROS.

ARREGLO

DE

DON JUAN BELZA.

Estrenado con estraordinario éxito en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona el 16 de Enero de 1876.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—40.—2.°

—

1876

PERSONAGES.

CATALINA DE MÉDICIS.	*Sra. Solá.*
MARGARITA DE FRANCIA..	*Sra. Malli.*
PAOLA.	*Sta. Moyá (Angelina).*
NANCY.	*Sra. Serrano.*
MINET.	*Sra. Llimona.*
AMINA. (personage mudo). . . .	*Sta. Moyá (Pepita).*
RENATO EL FLORENTINO.	*Sr. Izquierdo.*
ENRIQUE DE NAVARRA.	*Sr. Isern.*
CARLOS IX.	*Sr. Martí.*
ENRIQUE DE GUISA.	*Sr. Nieto.*
AUMORY DE NOE.	*Sr. Carrera.*
PIBRAC.	*Sr. Roca (D. Sebastian).*
MALICAN.	*Sr. Roca (D. Gervasio).*
TORRE-SPADA..	*Sr. Girbal.*
BRACONIER.	*Sr. Queipo.*
GODOLFIN.	*Sr. Capdevila.*

Soldados, guardias, cortesanos, damas, pajes, aldeanos, truanes y espadachines.

CADA CUADRO TIENE SU TITULO PARTICULAR.

1.º La Taberna de Malican.
2.º Paola.
3.º El juego del Rey.
4.º El Veneno de los Médicis.
5.º Los asesinos del Puente de San Miguel.
6.º La Zorra en el lazo.

AL

PRIMER ACTOR Y DIRECTOR

Sr. D. José Izquierdo,

en prenda de nuestra antigua y consecuente amistad.

Juan Belza.

607851

La propiedad de esta obra pertenece á **D. Alonso Gullon**, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada **El Teatro**, y con arreglo á la ley de propiedad literaria, nadie podrá sin su permiso reímprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países en que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

CUADRO I.

La taberna de Malican.

Sala baja de la taberna. Al levantarse el telon las mesas están ocupadas por algunos soldados y gente de mala catadura que beben y juegan á los dados. Tumulto, algazara, cuadro animado.

ESCENA I.

MALICAN, sentado en la primera mesa de la izquierda con algunos de sus PARROQUIANOS, charlando y bebiendo. BRACONIER en la primera de la derecha, juega con un SOLDADO. Jarros y cubiletes con profusion distribuidos en las mesas. MINET, que sirve, va de un lado á otro, segun lo indica el diàlogo.

SOL. Malican!... vino!

OTRO. Si, si, vino! (Dando sobre las mesas con los cubiletes.)

MA. Allá va, allá va!.. Minet, sirve vino á esos caballeros. (Sin levantarse.)

MI. Cuantos jarros? (A los soldados.)

SOL. Para esta mesa dos.

OTRO. Para esta uno.

BRA. Y para nosotros una botella de Borgoña... no es verdad camarada?

SOL. Como bien os parezca; al fin y al cabo yo seré el pagano.--Ocho. (Tirando los dados.)

BRA. Once!

(Minet, vase y vuelve con la botella y los jarros, que distribuyo en las respectivas mesas. Braconier tirando á su vez. Risas de los Soldados que rodean á los jugadores.)

MA. (En el otro estremo, continuando una conversacion interrumpida y que al parecer escuchan sus amigos con gran interés.)

Pues sí, hijos mios, es ni mas ni menos como he tenido el honor de contaros, y tan cierto como me llamo Malican... A vuestra salud.

SOL. Pero viene ese vino?

MI. (Sale con los jarros.)

Ya estoy aquí; Caramba! El estómago de estos Loreneses parece de goma elástica!...

MA. En la época á que me refiero era yo pastor de cabras del territorio de Corassé, en el reino de Navarra. De pronto, la puerta de mi cabaña se abre y aparece en su dintel un gallardo mancebo con su trage de caza y su arcabuz al hombro.

UNO. Adelante.

MA. Almorzaba yo en aquel momento un pedazo de pan y una taza de leche. El caballero adelantó hácia mí y con noble franqueza me dice, sentándose á mi lado:—Amigo mio, me convido!—Juzgad de mi sorpresa, de mi turbacion, cuando reconocí en él nada menos que al rey.

UNO. ¡Al Rey!...

MA. Sí, hijos mios, acababa de ver brillar en uno de sus dedos el conocido anillo de los reyes de Navarra. El cazador que acababa de engullirse parte de mi almuerzo, no era otro que el rey Antonio, que al terminar su frugal desayuno, me hizo la honra de estrechar mi mano y al que mas tarde debí mi fortuna. He quí como Malican, el tabernero del Pavo Real, ha tenido el alto honor de comer con un Monarca.

(Cogiendo uno de los cubiletes)

A su memoria y á vuestra salud, muchachos.

(Todos beben: en este momento el Capitan Torre-Spada aparece en el fondo. Larga tizona, el sombrero de medio lado, trage raido; en fin, todas las trazas de un truhan. Se acerca á Minet, que está distraida y la toca en el hombro).

ESCENA II.

DICHOS, TORRE-SPADA.

TO. Un vaso para mí!

MI. Ah! me habeis asustado!

TO. Lo siento... pero como ha de ser.
(Aparte á los que están en su mesa).

MA. Aun ronda por aqui este bribon? No sé como se las compone que todas las noches me mata un parroquiano. Si esto continua acabará por arruinarme.

UNO. Y porqué le dejais entrar?

MA. Y como impedirlo? Mi casa es un establecimiento público y todo el mundo tiene derecho á entrar en él. Ademas, ese condenado de Renato el Florentino le protege—ya sabeis, el perfumista de la reina madre.

SOL. (Que jugaba con Braconier).
Vuelta á perder!--por mí, basta... me doy por satisfecho. (Se levanta).

BRA. (Riendo).
Si no hay quien se me resista!.. Hay alguno por ahí quien quiera ocupar la vacante?

TO. Con mucho gusto.—Niña, una botella de lo caro.
(Se sienta).

MI. Seguro que no la pagará él...

BRA. Que me place!

TO. Y qué jugamos?

BRA. Todo el gasto que se haga.

TO. Corriente—pero me permitireis que juguemos con mis dados,— (Sacándolos, y un cubilete del bolsillo).
es una costumbre de la infancia.

BRA. Me es indiferente.

TO. (Tirando). Doce!

BRA. (Id). Diez!

TO. (Id). Doce!

SOLDA. (Murmurando). Eh? que quiere decir esto?

BRA. (Tirando). Ocho!

TO. Gané—primera partida.

BRA. (Reconociendo los dados.)

Sabeis, capitan, que estos dados no me parecen muy católicos?

To. Que quereis decir?

Sol. Como que están rellenos de plomo!

(Despues de reconocerlos).

Var. Sol. Si, sí, esto es un robo!... (Todos se levantan).

To. Como un robo? Canallas!

Sol. Y este hombre se atreve á insultar á los guardias del rey? Castiguémosle como se merece.

Tods. Sí, sí!...

(Van á lanzarse sobre Torre-Spada, el cual se pone en defensa. Malican los detiene).

Bra. Es á mí á quien corresponde castigarle.

(Adelantándose. Malican le detiene).

Ma. Alto señores! quietas las espadas.—Otro duelo? otro parroquiano menos? Pues no faltaba mas. La paciencia tiene sus límites y la mia ha llegado á su colmo.

(Movimiento de los soldados).

Quietos!

(Dirigiéndose al Capitan).

Yo tambien he sido soldado y no me asustan los perdona vidas.

To. Que decís?

Ma. Que vuestra presencia en mi casa es perjudicial y que tengo el derecho de mandaros salir de aquí.

To. Señor tabernero—este es un establecimiento público, y yo tambien tengo el derecho de venir á él siempre y cuando me dé la gana—y la prueba de que desprecio tus amenazas—mira.

(Se quita el sombrero que coloca sobre la mesa de la derecha que ha quedado vacía).

Me apodero de esta mesa y desgraciado del que se atreva á ocuparla mientras yo permanezca en la casa.

(Con aire amenazador. Los soldados y Malican han venido á colocarse agrupados en el lado izquierdo.—Torre-Spada en el centro. En este momento aparecen en el fondo Enrique y Noe).

Ma. Esto es demasiado. Preciso es castigarle de veras.

(Vá á lanzarse sobre él, pero vé á los dos caballeros y se detiene.)

Ah! dos caballeros.

ESCENA III. (1)

DICHOS, AUMORY-ENRIQUE.

AU. Pero vamos á entrar aqui? (A Enrique en el fondo.)

EN. La taberna que nos han indicado es esta, y yo tengo una sed de todos los diablos.

MI. (Gentil apostura!) (Reparando en los recien llegados.)

MA. (Soberbios parroquianos!)
Caballeros, en qué puedo serviros?

EN. Una botella de vino de tu pais, que tambien lo es nuestro, y dos vasos que estén limpios.

MA. Minet, volando, á la bodega; estos señores son paisanos nuestros!...

EN. Sirvenos en esta mesa.
(Viniendo à sentarse con Aumory en la mesa donde Torre-Spada colocó su sombrero.)

MA. Eh!.. Caballero.. quisiera advertiros que esta mesa..

EN. El qué?
(Con aire de superioridad.)

MA. No... nada, nada... á vuestro gusto, caballero.

EN. (Sentado en el lado derecho, Noé en el izquierdo; Enrique cogiendo el sombrero y en tono de burla.)
Vaya un sombrero grasiento!... que olor despide tan nauseabundo... A quien pertenece esta alhaja?

TO. A mí.

EN. (Tirándolo al suelo.)
Os doy la enhorabuena. Por qué no le añadis una pluma de gallo? Ja, ja!

TO. De gallo, eh?
(Recogiéndolo.—Los soldados que están sentados en las otras mesas y han observado toda la escena, se rien y se mofan de Torre-Spada. Este recoge y limpia lentamente su sombrero.

SOLS. Bravo!

MA. (Entrando con una botella y dos vasos que coloca sobre la mesa.)
Estais servidos, señores!

EN. A tu salud, Aumory. (Escanciando.)

---

(1) Todas las indicaciones de izquierda y derecha deben entenderse del actor.

AU. (Os suplico que no hagais mas locuras.

EN. Hombre, por Dios, déjame vivir! ya pensaremos mas tarde en el Louvre, en el Rey Cárlos y en todo lo que tú quieras.

AU. Es que la aventura de anoche pudo tener malos resultados... y si esto continua así...

EN. Qué disparate! Además, puedes negarme que soy un hombre afortunado?

AU. Pero señor, reflexionad que es ya un compromiso permanecer por mas tiempo de incógnito, sin avisar á Mr. de Pibrac; la órden de vuestra madre es terminante.

EN. Pues bien, por eso te he traido á èste sitio. Dame la carta, la pondré la señal convenida, y se la llevarás inmediatamente, diciéndole que aqui le espero.

(Noé saca un pliego que Enrique sella con su sortija.)

—Pero antes otro brindis. (Llena los vasos.)

AU. Como gusteis.

(Durante el anterior diálogo, Torre-Spada ha cogido un vaso de otra mesa, lo ha traido á la de Enrique y se ha servido vino de la misma botella; por manera que al ir Enrique á coger su vaso, vé el de Torre-Spada; este se halla de pié, próximo á la mesa y en medio de Enrique y de Noé.)

EN. (Viendo el vaso y alzando la cabeza,) Ah! es el dueño del sombrero!

TO. Servidor. (Con insolencia.)

EN. Perdonadme, pero no recuerdo haberos convidado á beber con nosotros.

AU (Levantándose con aire de amenaza.)

Qué quiere decir semejante atrevimiento?

EN. (Conteniendo à Noe.)

Quieto, mala cabeza: luego me dices á mí!

(Dirigiéndose á Torre-Spada y deteniéndole en el momento en que vá á beber.)

Hacedme el gusto de sentaros.

MA. (A los soldados.) Esto acabará mal.

MI. (Tiemblo por ellos!

MA. Calla y observemos.)

EN. (A Torre-Spada que se ha sentado.)

Es costumbre entre bebedores cimentar amistades con el vaso en la mano... Vos tendreis un apellido, no es cierto?

TO. Soy el capitan Torre-Spada.

EN. (Dirigiéndose à Noé con calma y socarronería.)
Perfectamente. (Al capitan.)
Mi amigo es el Conde Aumory de Noe, y yo simplemente el caballero Enrique de Corasé.

TO. Que sea enhorabuena... pero debo advertiros que si me he dirigido á esta mesa, es porque habeis tirado mi sombrero al suelo y yo necesito saber...

EN. Capitan, mas tarde hablaremos de vuestro sombrero; pero ahora, decidme, cual es vuestra patria?

TO. La Italia.

EN. Hermoso pais! nosotros por el contrario somos del Béarme; dos pobres segundones de las ásperas montañas de Navarra, que venimos á Paris con el doble objeto de estudiar derecho y averiguar cuantos palmos de cuerda se necesitan para colgar de cualquiera de estas vigas á insolentes de vuestra calaña!
(Arrebatándole el vaso que Torre-Spada tiene en la mano y tirándolo léjos de sí. Todos se levantan.)

TODS. Bravo!

TO. Ah! Salgamos! (Enfurecido y tirando de la espada.)

EN. (Tranquilamente.)
Y para qué? Aquí nos sobra terreno.

AU. (Ap. á Enrique.)
(Ahora un duelo! Pero señor, reflexionad...)

EN. Eh! Déjame en paz! Esto me sirve de distraccion.
(El capitan vá al fondo, se quita la capa y el sombrero y se prepara al combate; durante el aparte de Aumory y Malican, Enrique se sirve un vaso de vino y bebe.)

AU. (Como impedir este duelo! Ah!)
(Ap. á Malica.)
(Amigo mio, corred al Louvre, preguntad por el señor de Pibrac.

MA. Le conozco.

AU. Entregadle esta carta y que venga inmediatamente.
(Malican mira el sello de la carta, demuestra su sorpresa; se dirije á Enrique para ver la sortija que lleva en el dedo y con la cual selló el pliego.)

MA. Ah! será posible! conozco esa sortija! es ..

AU. Silencio... Vete...

MA. Oh! contad conmigo. (Váse corriendo por el foro.)

ESCENA IV.

DIICHOS menos MALICAN.

TO. Os espero. (Poniéndose en guardia.)

EN. (Desenvainando la espada.)
En guardia pues...
(Empiezan á batirse; los soldados divididos en grupos muestran el interés que toman en el resultado del combate.)
Ola, ola! muy bajo tirais, amigo; no sin razon se dice que la escuela de vuestro pais es una escuela ratera, y cobarde.

TO. (Cada vez mas furioso pero sin poder avanzar.)
Dios de Dios!

EN. Pero tambien tiene sus contras.
(Burlándose.)

TO. Allá vá mi estocada Florentina.
(Tirándose rapidamente á fondo.)

EN. Contesto con mi estocada Bearnesa.
(A un tiempo; le hiere en la mano y le desarma.)

TO. Ah!

TODS. Bravo! (Aplaudiendo; cuadro animado.)

SOLDS. Viva el Bearnés !

TODS. Viva !

EN. (A Torre Spada.) Recoged vuestro asador y podeis iros con la música á otra parte. (Envainando.)

TO. (Con ceño iracundo, recogiendo su espada y su sombrero y marchàndose.) Aguardo mi revancha señor mio... Yo buscaré la ocasion.

EN. (Con imperio y dominàndolo con la mirada.) Fuera de aquí, canalla!

TODS. Fuera, fuera!

ESCENA V.

DICHOS menos TORRE-SPADA.

MI. (Dando palmadas de alegría) Que contenta estoy!..

EN. Ahora muchacha, vino para todo el mundo; yo soy el que convido.

MI. Volando, caballero!

AU. (Sed prudente!)

EN. Que pesado eres! déjame gozar estos breves momentos de espansion y de locura; hoy todavía soy libre y asistiré, aunque te pese, á la cita de amor que tengo para esta noche. Mas tarde volvemos á ocupar, yo mi rango, tú el destino de consejero de que te ha investido mi madre.

(Durante este parlamento Minet ha servido vino á todos los que están en la escena).

SOL. 1.° (Con el vaso en la mano). A la salud del vencedor.

TODS. Viva! (Beben).

EN. A la vuestra, camaradas. (bebe).

BRA. Las nueve, muchachos.

(Toque de ánimas: todos se descubren. Malican aparece en el fondo seguido de Pibrac, que viene embozado en su capa y queda algun tanto retirado).

SOL. 2.° El cubre... fuego.

SOL. 1.° Es preciso retirarnos, no sea que la ronda del Preboste nos sorprenda.

SOL. 2.° Que viva el Bearnés!

TODS. Viva!

(Todos beben y despues de dar la mano á Enrique se retiran por el fondo).

EN. Gracias amigos, gracias.

ESCENA VI.

ENRIQUE, AUMORY, PIBRAC, MALICAN.

AU. El señor de Pibrac! (A Enrique, bajo).

PI. Y ese hombre? (Con recelo y señalando á Malican).

EN. No sé...

MA. Nada temais, señor; he sorprendido vuestro secreto al reconocer en vuestro dedo el anillo del rey Antonio, que era tan bueno para los pobres y al que debo toda mi fortuna; vos sois su hijo á quien nosotros amamos tanto... allá abajo. Podeis hablar sin temor.

PI. Sea.

EN. Pibrac, hace tiempo que os hallais en corresponden-

cia secreta con mi madre; ella me ha hablado de vos como de un fiel amigo, como del vasallo mas leal... así que, os hallais mejor enterado que yo mismo del objeto que me conduce á Paris. Hablad pues.

PI. Príncipe, la reina de Navarra ha debido entregaros al partir una carta, con la espresa recomendacion de no abrirla hasta vuestra llegada á la Córte.

EN. Es cierto... aquí está! (Saca una carta del pecho)

PI. Leed señor, y sabreis tanto como yo respecto á los deseos de la reina...

(Abre la carta: Malican alumbra con la linterna para que la lea).

«Mi querido hijo: No he querido deciros el objeto principal de vuestro viaje, temerosa de que el funesto amor que profesais á Corisandra fuese un obstáculo á mis proyectos. En tanto que vos no os ocupabais de otra cosa que del amor de Corisandra, el rey Cárlos IX, nuestro amado primo, negociaba conmigo un enlace entre vos y su hermana Margarita de Francia... he querido que penetraseis en la córte guardando el incógnito mas rigoroso, con el único objeto de que podais ver y apreciar como un simple particular á la que debe ser vuestra esposa.»

PI. Continuad, Príncipe.

EN. «Mr. de Pibrac, os presentará en la Córte como á un primo suyo, caballero pobre que vá á Paris en busca de fortuna. Fiaos en todo de él, pues tiene mis instrucciones y hasta bien pronto, mi querido hijo: sed prudente, en tanto que yo quedo aquí orando por vos y pidiendo al cielo que os bendiga, como os bendice vuestra amante madre. Juana!»

(Besa nuevamente la carta.)

AU. Bien lo veis, monseñor, vuestra madre os recomienda la prudencia.

EN. Querida madre mia! Pero es que efectivamente el peligro existe? A mí me agradan las aventuras, es cierto, pero yo no puedo impedir que sin buscarlas se me presenten á cada paso.

AU. La de antes de ayer pudo costar cara á vuestra alteza, y sino, preguntádselo á Mr. de Pibrac.

PI. Una ventura?

EN. Sí, en el camino de Blois y cuyo desgraciado héroe vos debeis conocer.

PI. Su nombre?

AU. Renato el Florentino!

PI. MA. } Renato!... (con terror.)

EN. Un insolente á quien castigué como se merecia!

PI. Dios de Dios! Y os habeis hecho un enemigo de ese hombre?

EN. Sin duda... pero eso qué importa?

PI. Pluguiera al cielo que antes de haber ofendido á eso bribon le hubieseis atravesado desde luego con vuestra espada. Monseñor, René es el favorito de la Reina Catalina, y seria preferible tener por enemigos al Elector palatino, al Emperador de Alemania y al rey de Inglaterra reunidos, que no á ese hombre maldito!

EN. (Sonriéndose.) No creo que la Reina madre tenga poder bastante para hacer ahorcar á un Príncipe de Navarra.

PI. Monseñor, sois hugonote y la reina Catalina ódia á los de la religion reformada. El rey Cárlos nueve desea vuestro enlace con su hermana, pero la princesa Margarita prefiere al Duque de Guisa, á quien ama, y del que es amada.

EN. Que decís?

PI. La verdad; el momento es solemne y yo no debo ocultaros nada.

EN. (Enrique de Guisa mi rival!)

PI. De todo lo cual resulta que el Louvre es una habitacion mal sana para vuestra alteza; á cada paso podeis caer en un lazo. Vuestra alteza me permite un consejo?

EN. Hablad.

PI. Monseñor, no piseis el Louvre...! es de noche; envolveos en vuestra capa, mandad que ensillen vuestros caballos y de aquí á mañana poned treinta leguas entre París y vos... Yo me encargo de hacer comprender á la reina lo prudente de esta resolucion.

EN. (Cogiendo á Pibrac de la mano y llevándolo á la ventana derecha primer término). Pibrac, veis aquella estrella que brilla en el firmamento con un resplandor mas vivo que todas las demás?

PI. Si; viene del Sud y del lado de la Navarra.

EN. Como observareis, se eleva en el horizonte y va á colocarse sobre nuestras cabezas, es decir, sobre París; pues bien, esa estrella es la mia. Una voz misterio-

sa acaba de hacerse sentir en el fondo de mi corazon y oigo esa voz que me dice: «Es preciso que tu enlace con la Princesa Margarita se realice, no porque ella sea mas ó menos hermosa, no porque tú la ames, ó ella llegue á amarte, sino porque es preciso que los grandes destinos á que estás llamado se cumplan, y se cumplirán á través de todos los obstáculos.»--Así pues, Pibrac, convencido estoy de que triunfaré del Rey, de la Reina y del Florentino; triunfaré de Enrique de Guisa mi rival, y finalmente, debo permanecer en París aunque no sea mas que por obedecer á mi madre, que en estos momentos reza por mí en el Palacio de Nerac.

PI. Monseñor, no sé cual será vuestro destino, pero acabo de leer en vuestros ojos que debe ser grande y magnífico!

EN. Así pues, héme ya vuestro primo. (Con volubilidad.)

PI. (Sonriendo.) Pariente algo lejano. Y apropósito, conoce V. A un juego que se llama el tresillo?

EN. Perfectamente.

PI. El Rey Cárlos tiene por este juego una aficion estraordinaria.--Quiere decir, que antes de tres dias os habré presentado á S. M. para que formeis parte de su tertulia de confianza.

EN. Corriente: hasta mañana, pues, mi querido primo...--Vamos, Aumory?

AU. A donde nos dirijimos, señor?

EN. A la cita de Paola; puesto que ya hemos terminado los negocios graves, dejadme gozar de mi libertad. Abre, Malican.

MA. Sí, Monseñor. (Dirigiéndose à abrir.)

PI. Vuelvo á recomendar á V. A la prudencia.

EN. Te has olvidado de mi estrella? en ella tengo fé y nada debo temer. Venid, señores.

MA. Voy á alumbraros con mi linterna hasta la esquina; la noche está muy oscura.

(Vánse: queda la escena vacía por algunos momentos; despues aparecen dos hombres embozados, uno de ellos con una máscara de terciopelo).

ESCENA VII.

RENÉ el DUQUE de GUISA.

RE. (Mirando al interior desde la entrada) No hay nadie... podemos entrar.

GUI. Adonde me conducis?

RE. En la calle pudieran escucharnos y lo que tengo que deciros exige la mayor reserva.

GUI. Es decir que me conoceis?

RE. Para probároslo, me basta una sola palabra.—Si amais la vida, volved á montar á caballo y regresad á Nancy lo mas pronto posible.

GUI. Y quien es el osado que se permite hablarme así? (Con altivez).

RE. Un amigo que os busca hace una hora para daros un buen consejo. (Desembozándose).

GUI. Renato!.. (Quitàndose la careta).

RE. Abreviemos razonamientos porque nos hallamos en campo enemigo. Esta es la taberna de un tal Malican, hombre sospechoso y no es conveniente que os vea; afortunadamente ha salido acompañando á unos caballeros.

GUI. Pero qué peligros son esos que me anuncias? Habla, y en justa compensacion yo puedo anunciarte otros que te interesan vivamente y que tienen relacion con alguna de las personas de tu familia.

RE. De mi familia? Oh! Imposible!

GUI. Yo no miento jamás!

RE. Dios de Dios!

GUI. Habla; despues lo haré yo.

RE. Interrogad, y yo responderé.

GUI. Indudablemente sabes que anoche me presenté en Palacio y que no fuí recibido.

RE. Lo sé.

GUI. Ayer he sido avisado misteriosamente aconsejándome que abandonara á Paris si no queria correr el riesgo de ser asesinado.

RE. El aviso procedia de mi.

GUI. Hoy detienes mis pasos para reiterarme el consejo... Que es pues lo que ocurre?

RE. Monseñor, sabed que la Princesa Margarita debe unirse muy en breve con el principe de Navarra, vuestro mortal enemigo.

GUI. Será cierto?

RE. No lo dudeis.

GUI. Sin embargo, la reina Catalina no me era hostil.

RE. La politica ha operado este cambio.

GUI. Pero ese cambio es un ultrage! (Con cólera).

RE. Calmaos.

GUI. Si Margarita me ama, si consiente en ser Duquesa de Guisa y de Lorena, aun puedo burlar sus proyectos.

RE. Mirad lo que haceis; el rey Cárlos no os quiere bien y podria suceder...

GUI. Si la princesa consiente en seguirme, en menos de doce horas estamos fuera del territorio francés, y mañana habremos llegado á Nancy.

RE. Y al dia siguiente, Mr. de Crillon, el condestable de Monmorency, el mismo rey Cárlos en persona montarán á caballo y al frente del ejército, invadirán vuestros estados esparciendo por todas partes el esterminio y la muerte.

GUI. Los esperaré á pié firme.

RE. Y la guerra estallará.

GUI. Tiempo hace que la deseo.

RE. Monseñor obrará como mejor le parezca, pero cada uno tiene sus convicciones y yo por mi parte abandonaria la partida.

GUI. Ni una palabra más... he tomado mi resolucion y no retrocederé. Salgamos de aqui.

RE. V. A. me ha prometido ciertas noticias que me serian de gran interés.

GUI. Ah, si!—En tu casa ocultas un tesoro, segun tengo entendido.

RE. Mi hija, Monseñor! ese es mi único tesoro.

GUI. Pues bien, ten cuidado no te lo roben.

RE. Robarme á mi hija! y quien seria tan osado que se permitiera poner en ella los ojos?

GUI. Hace dos noches que al pasar por tu casa, he visto algo que me dá que sospechar. No debo decirte mas: observa, vigila y acepta mi consejo.

RE. Ira de Dios! Seria capaz de hacer pedazos al insensato

que se atreviese á mirarla siquiera!

GUI. (Cerca de la puerta y poniéndose la careta.) Silencio, viene gente.

RE. (Embozándose.) Malican!

MA. (Entrando con la linterna en la mano) Ya estarán léjos de este barrio y... Demonio! aun hay gente en mi casa?.. Quienes son estos dos embozados que se permiten á semejante hora?.. ¿Quién sois?

GUI. (Pasando por delante de Malican y con voz bronca.) El diablo!

MA. Eh!

RE. (El mismo juego y desembozándose.) Y su escudero.

MA. (Dejando caer la linterna que aun conserva en la mano). El Florentino! Misericordia! (Aterrado.)

CUADRO II.

Paola.

Habitacion de Paola.--Decoracion cerrada; puerta al fondo y laterales: en segundo término derecha una ventana; mesa y sillon primer término izquierda.--Amina seguida de Paola y dirigiéndose á la ventana.

ESCENA I.

PAOLA-AMINA.

(Por la puerta lateral izquierda.)

PAO. Aun no? (Amina que mira por la ventana.)

AM. (Hace señas de que no.) (Esta criada es muda.)

PAO. Ah! Tú tienes la culpa Amina, porque dejaste penetrar aquí á ese estranjero? porque hacerle partícipe de nuestras penas? Y sin embargo, yo no sé esplicarme lo que esperimento; su voz es tan dulce, su espresion tan cariñosa, que á pesar mio creo que le amo... y esto nos acarreará alguna desgracia!...

AM. (Por gestos muy espresivos hace comprender lo siguiente.) (Acepto la responsabilidad: ese jóven tal vez nos podrá libertar un dia de tan horrible cautiverio.) (1)

---

(1) En los teatros donde hubiere compañia coreográfica debe encargarse el papel de la muda á una mímica ó bailarina, que sepa espresar lo que indica el papel.

PAO. Oh! jamás! abandonar á mi padre! nunca. Y sin embargo, es necesario que yo le hable por última vez, que le esplique mi verdadera situacion. Dime, Amina, no dijo ese jóven que al retirarse á su casa pasaria por bajo de esa ventana y entonaria una cancion de su pais?

AM. (Hace señas de que sí.)

PAO. Si viniera pronto, tal vez me atreveria á escribirle un billete dándole una cita para mañana. Dios mio! han abierto la puerta de la calle! Será mi padre?

RE. (Dentro.) Amina! Amina!

PAO. El es. Huyamos!... Conoceria mi turbacion.

AM. (Hace señas á su señora para que se retire á su cuarto, en tanto que ella queda para recibir á Renato.) (Paola desaparece por la puerta izquierda. Momentos despues se abre la puerta del fondo. Renato aparece.)

ESCENA II.

AMINA—RENATO.

RE. Amina!—Ah! al fin te encuentro. (Tirando su capa y su sombrero sobre una silla.)
Donde está tu señorá?

AM. (Indica la habitacion de la izquierda.)

RE. Está bien. (Cierra la habitacion de Paola y se dirije á Amina lentamente que va retrocediendo poco á poco.)

RE. Hace un momento que has salido á la calle. Oh! no lo niegues. Godolfin te ha visto. Cuidado Amina, cuidado; ten muy presente que si te recogí, muda y miserable mendiga, colmándote de beneficios, para hacer de tí la única compañera de mi hija, es porque creí hallar en tí la mas fiel é incorruptible de las guardianas; pero si defraudando mi esperanza llegases á engañarme, si te hicieses cómplice de alguna maquinacion contra mi reposo... oh! Te lo advierto paternalmente, Amina, el castigo seria terrible! (Cogiendo á Amina de la mano y con entonacion feroz.)
Esta mano que suple en tí el órgano de la voz, la pulverizaria como se pulveriza un pedazo de vidrio!...

AM. (Exala un grito de dolor, y cae á las plantas de René.)

RE. (Continua sin soltarla.) Esos ojos, instrumentos tambien

de la traicion, los arrancaria con mis propias uñas! tu carne blanca y sonrosada la desgarraria con mis dientes!... y en vano me pedirias piedad, porque seria inexorable! Vamos, vamos, tranquilizate! (Levantándola y con entonacion de sarcasmo.)

Mirame á la cara.—No es cierto que el brillo de mis ojos te fascina? Oh! haces bien en temblar, porque para mi un asesinato mas ó menos no es cosa que me preocupe! Puedes darme los nombres mas execrables, aun te quedarás corta. Tal vez te sorprenda oirme hablar así y es que no temo que me descubras, es que quiero que me conozcas bien y tiembles en mi presencia!.. (Momentos de silencio. Amina continua arrodillas demostrando la mayor angustia.)

Escucha: yo vine al mundo prematuramente por que mi padre asesinó de un hachazo á la que me llevaba en su seno!..—Nada pues tiene de estraño que yo heredara sus furores! Nacido de un asesinato, el olor de la sangre me embriaga!.. (Sonriendo.) A cada uno su elemento; el aire para el buitre, para el tiburon el mar, el fango para el reptil, para Renato la sangre! (Con entonacion feroz.) Al presente ya me conoces. Te he advertido paternalmente y no podrás quejarte.—Ahora tranquilizate y ve á buscar á Paola. (Dándole un golpecito en la mejilla.) Anda, hija mia, y no tiembles así... si en último resultado yo no te quiero mal!..

AM. (Obedece, alejándose aterrada y andando hácia atrás.)

ESCENA III.

RENATO.

Creo que reflexionará en lo sucesivo, y hará bien, porque la mataria sin piedad! Esos grandes señores de la Corte me desprecian y me ultrajan porque la reina madre acaba de hacerme su igual; yo en cambio los asesino paulatinamente, sin ruido y sin escàndalo y estamos pagados. Oh! desgraciados de aquellos que hace tres dias me maltrataron en el camino de Blois, arrancándome una presa por tanto tiempo codiciada! Yo los encontraré algun dia, y entonces... Oh!... entonces!...

ESCENA IV.

RENATO-PAOLA.

RE. (Cambiando enteramente de entonacion y dirigiéndose á Paola con cariño y abrazándola.) Ah! al fin te veo, hija mia! Ven, reclina tu cabeza sobre mi pecho.—Oh! no sabes bien cuanto te amo!

PAO. Entonces, señor, deberiais igualmente amar á los que bien me quieren y por mi se sacrifican.

RE. Lo comprendo; me dices eso porque he reñido á Amina. Perdóname, pero es que no traia hoy muy buen humor y la pobre niña lo ha pagado.

PAO. Por desgracia, padre mio, esto no es nuevo; generalmente espiamos nosotras los disgustos que os proporcionan fuera de casa.

RE. (Tiene razon!)

PAO. Y sin embargo, creo que somos bien sumisas en el perpétuo aislamiento á que nos teneis condenadas.

RE. Hija mia!

PAO. Aislamiento insufrible si no hubiera de tener un término, y solo con esta esperanza...

RE. Oh! No prosigas. Harto conozco lo que tu corazon desea.—El aire, el espacio, la libertad! y despues, es tan natural, un jóven y hermoso caballero que en cambio de mi oro venga á ofrecer á tus plantas su dorado blason!.. Ah! yo tambien lo ambicionaria para tí á quien quiero con locura... Pero...

PAO. Acabad.

RE. (Deberé decírselo? Sí, preciso es que sepa de una vez el suplicio á que la condena su destino...) Dime, Paola, crees tú en las predicciones de los Bohemios?

PAO. No señor. (Se sientan.)

RE. Y en la influencia de los astros?

PAO. Aun menos; soy cristiana.

RE. Yo tambien, y sin embargo creo. En mi juventud, era yo un pobre niño que mendigaba un pedazo de pan por las calles de Florencia, acostándome al raso, ó bajo los pórticos de los grandes palacios. Un dia, una vieja gitana que decia la buena ventura en la esquina de una calle y á la que me dirijí demandando una li-

mosna, se estremeció al examinar las líneas que cruzaban la palma de mi mano. Qué vas á predecirme, vieja hechicera?--la pregunté sonriendo. La gitana me llevó aparte y me dijo: «Niño, una gran fortuna te espera!.. poseerás mas oro que un príncipe!.. serás noble, llegarás á ser el favorito de una de las soberanas mas poderosas del mundo!.. temblarán ante tí los mas grandes señores de la Corte; pero como en el mundo no hay dicha cumplida, á partir de ese momento una persona amenazará constantemente tu existencia, tu felicidad y esa persona lo será una mujer.

PAO. Una mujer? (Con curiosidad.)

RE. O lo que es lo mismo, tu propia hija.

PAO. Yo?

RE. Sí, tú. Si por desgracia algun dia llegases á amar á algun hombre, si me abandonaras, yo debo morir de muerte violenta, segun la prediccion de la gitana.

PAO. Es posible padre mio, que vos, un hombre de talento, pueda dar crédito á semejantes patrañas?

RE. Creo, porque debo creer. Todo lo que la gitana me predijo hace treinta años se ha realizado. No intentes sustraerte á la influencia de esos poderes misteriosos que en realidad existen!

PAO. Os compadezco, señor, y os perdono el mal que me causais.

RE. Qué me perdonas! Qué me compadeces! Ah! sí, lo comprendo;tienes razon.-Tú crees que es por un miserable egoismo, por una indigna cobardía por lo que defiendo mi vida sacrificando la tuya? No, no; ¡que me importa morir! pero aun me quedan muchas cosas que realizar, no pocas venganzas que satisfacer y es necesario que viva, que viva mucho tiempo!.. Perdóname, hija mia!... Reflexiona que si alguno de esos jóvenes de la Corte llegara á verte, á tí, tan bella, tan hermosa, no podrá menos de amarte. Quizás tú llegarias á amar tambien, y entonces yo moriria de una muerte terrible, desastrosa! Y si esto llegase á suceder por culpa tuya... mi última palabra, mi último aliento exalaria contra tí una terrible maldicion! (sombrío.)

PAO. Oh! Callad, callad! (Atemorizada.)

RE. No es cierto que serás obediente á mis mandatos? Oh!... Cuanto te amo! Cuanto te amo!

(Abrazando à Paola. En este momento se oye al pié de la ventana una cancion, acompañada con una citara ó bandolina.)

PAO. Ah!

RE. Ese grito!

(Cogiendo á Paola por la muñeca y observándola atentamente. Durante la primera estrofa de la cancion Paola demuestra una terrible angustia y cae de rodillas: Renato, lentamente y con sonrisa feroz va desenvainando su puñal.)

VOZ. (Dentro.)

Pobre tórtola amante
que aprisionada
invocas al querube
de la esperanza;
oye mi acento,
que en alas de la noche
te lleva el viento.

PAO. Ah! (Queriendo retirarse; Renato la detiene y la arrastra, obligándola á que se asome á la ventana.)

RE. Quieta!... Asómate á esa ventana... Lo quiero! lo mando! (Saca el puñal.)

PAO. (Desesperada.) Por favor!

VOZ.

Calma tu afan mi bella
dulce paloma;
Yo romperé los hierros
que te aprisionan.
En Dios confia
y en mi amor entusiasta
gacela mia.

PAO. Jesús! Jesús mil veces!

RE. Iras del infierno! Con que he sido burlado!

PAO. Padre, perdon! (Cayendo de rodillas.)

RE. (Blandiendo el puñal.) Por Dios vivo que ahogaré la cancion en su garganta! (Coge el sombrero, quiere marcharse y Paola lo detiene.)

PAO. Padre, padre mio! (Suplicante y de rodillas.)

RE. Atrás, miserable! (Vase precipitadamente rechazndola brutalmente. Paola se dirige á la ventana y dice con angustia y terror.)

PAO. Huid, Enrique, huid! No intentéis defenderos--es mi padre! es mi padre!... (Cae de rodillas y en el mayor abatimiento junto al alfeizar de la ventana.)

ACTO SEGUNDO.

CUADRO III.

El baile en Palacio.

Cámara de la Princesa Margarita en el Louvre. Decoracion cerrada y adornada con esquisito gusto y elegancia. Profusion de luces y de flores. Puertas al fondo que dán á los salones de baile, tambien iluminados. Magnífico tocador en primer término izquierda; un veladorcito en la derecha. Consolas y espejos dorados en el fondo, á derecha é izquierda de la puerta. Candelabros con bujías sobre las mesas y sobre el tocador. Canapé á la derechá, primer término, pegado á la pared. Sillones ricos y elegantes al rededor de la escena.

ESCENA I.

MARGARITA—NANCY—DONCELLAS.

(Margarita aparece sentada á su tocador, vestida de baile, y sus doncellas acaban su tocado; Nancy en primer término: un instante despues de levantarse el telon, Nancy despide con una seña á las demás camareras que van á colocarse en el fondo, mientras acaba ella de arreglar los adornos de cabeza de su señora.)

NAN. Ah! (Suspirando).

MAR. Por qué suspiras, Nancy? en qué piensas?

NAN. Pienso en que dentro de algunos dias no serán perlas ni flores las que adornarán vuestra hermosa cabeza, sino una corona real.

MAR. Y eso te hace suspirar?

NAN. No me atrevo á decir más; V. A. comprenderá lo que me reservo. La tristeza que se retrata en vuestro semblante es bien espresiva.

MAR. Cierto; y sin embargo, es preciso que mis labios sonrian, que me presente en el baile, que haga creer á todo el mundo que soy completamente dichosa!

NAN. Y de todo tiene la culpa ese horrible príncipe de Navarra.

MAR. Como ha de ser, la política lo exige.

NAN. Pero el Duque de Guisa no es mas rico y poderoso que el Bearnés?

MAR. Sí, pero...

NAN. Entonces, por qué no preferirle?

MAR. Mi pobre Nancy, tú no entiendes nada de política. (Sonriendo).

NAN. Pero decidme, señora; no seria mejor tener por sucesor á un príncipe católico y popular en Francia que no al rey de Navarra que es hugonote?

MAR. No, porque mi hermano teme á Enrique de Guisa y del Bearnés, no solo no desconfia, sino que aun sin conocerle lo quiere.

NAN. Con qué no hay otro remedio?

MAR. Nó.

NAN. Vive Dios, como dice vuestro hermano Cárlos, nosotras transformaremos la Navarra en un delicioso Paraiso.

MAR. Qué loca eres!

NAN. V. A. me dispensa su confianza, me permite cierta libertad cariñosa que me honra y yo estoy en la obligacion de...

(Suenan en la parte esterior los tres golpes de alabarda que anuncian la proximidad del Rey.)

VOZ. (Dentro.) El Rey!

(Las dos batientes de la puerta del fondo se abren. El rey aparece en su dintel.)

ESCENA II.

LAS MISMAS—CARLOS IX seguido de PIBRAC.

REY. (Dirigiéndose à Margarita que se ha levantado). Buenas noches, hermana mia.—Estás bella como nunca! Dime, me permites que me instale aquí con mi amigo Pibrac?

MAR. Señor!.. (Inclinàndose).

REY. Mira, no te incomodaremos. Sigue tú en tu tocador y nosotros nos colocaremos aquí. (Señalando y dirigiéndose à la derecha donde se sienta. Pibrac permanece de pié). Con que decias que esos dos Bearneses han zurrado de lo lindo al bribon del Florentino?

PI. En el camino de Paris?

REY. Y como ha sucedido eso?

PI. Señor, ignoro los detalles.

REY. Yo mismo se lo preguntaré. De cualquier modo me satisface mucho, porque Renato es un pícaro á quien ya habria hecho ahorcar hace tiempo, si no le amparase la proteccion de mi madre, que siempre acude en su ayuda. Digiste á esos caballeros que deseaba me fuesen presentados esta noche?

PI. Profundamente agradecidos á la honra que V. M. les dispensa, hace tiempo que esperan en esas galerías á que yo vaya á buscarlos. Vuestra magestad no tendrá servidores mas fieles y leales.

REY. No me has dicho que uno de esos jóvenes juega admirablemente al tresillo?

PI. Es muy cierto, señor.

REY. Ya tengo curiosidad de verlo. Vé en su busca porque estoy impaciente por conocerlos.

MAR. (Poniéndose los guantes.—Se oye la música en los salones). Me parece que oigo ya la música.

NAN. Es el baile que empieza.

MAR. Mi querido hermano, no me acompañais al salon?

REY. Dispénsame, mi querida Margot, pero deseo gozar á mi manera. Te quedaria agradecido, si, como otras veces, haces que me traigan aquí mi mesa de tresillo.

MAR. Sin embargo, V. M. no puede dispensarse de aparecer en los salones aunque no sea mas que un momento.

REY. Bien, mas tarde, mas tarde veremos.

MAR. Se hará conforme lo desea V. M. El juego del Rey! (A los pages). Abrid esas puertas!

(Los pages colocan la mesa de juego á la derecha delante del Rey y además un candelabro.—Los pages abren las puertas y aparecen los salones llenos de gente y profusamente iluminados.)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—RENATO y CABALLEROS.

(que vienen á ofrecer sus respetos al Rey, despues de saludar á la princesa.)

RE. Señor! (Con humildad).

REY. (Tendiendo la mano á un caballero y sin hacer caso de Renato). Salud, señores.

RE. Sin duda no me ha visto. (Dirigiéndose à Margarita). Señora! (Inclinándose).

MAR. Ah! sois vos, maese Renato? mi madre me ha contado no sé que aventura de que habeis sido víctima hace cuatro dias en el camino de Blois. (Sonriendo). Vuestra cólera se ha calmado ya?

RE. Completamente, señora. (Conteniéndose).

MAR. Lo cual quiere decir que abrigais la esperanza de volver á encontrar á los que os ultrajaron y que entonces vuestra venganza será terrible?

RE. Exactamente. (Conteniéndose). Es decir... S. M. la Reina me ha prometido que se me hará justicia.

MAR. Lo comprendo; vuestro page generalmente suele ser el verdugo.

RE. Señora! (Inclinándose y con hipocresía).

MAR. (Este hombre me causa horror!)

RE. (Bajo y con intencion). Si Monseñor el Duque de Guisa estuviera hoy aqui, encontraria á V. A. mas bella que nunca.

MAR. (Con altivez). Señor perfumista, guardaos bien, cuando os dirijais á mí, de permitiros ciertas libertades.

(Váse acompañada de algunas damas y seguida de los pages.)

RE. (Hipócritamente é inclinándose). Señora, no ha sido mi intencion... (Esta me odia tambien, pero me temen todos!.. Daré una vuelta por el salon, y volveré á saludar al Rey.)

(Entra en el salon del baile: Pibrac, Enrique y Aumory por la puerta derecha.)

ESCENA IV.

REY, CABALLEROS, PIBRAC, ENRIQUE, AUMORY

REY. (A los Caballeros) Señores, el placer os reclama; las hermosas jóvenes que pueblan esos salones no me perdonarian si os detuviese por mas tiempo.—Id.

(Los Caballeros saludan y se confunden con los grupos del salon del baile. La orquesta continua, pero lejana, para que deje oir á los actores. Pibrac, Enrique y Noe avanzan á saludar al Rey: cuatro pages permanecen en la puerta del fondo.)

PI. (Presentando á Enrique y á Noe). Señor, Mr. de Corasé: Mr. Aumory de Noe.

REY. (Tendiéndoles afectuosamente la mano, que ellos besan). Bien venidos, señores: Pibrac y yo somos antiguos amigos y los de Pibrac deben serlos tambien mios. Señor de Corasé, sois vos el que viene á buscar fortuna á Paris?

EN. Señor, V. M. sabe que nuestras montañas son tan abundantes en guijarros cuanto escasas de escudos; y cuando uno es segundon de casa pobre, preciso es correr en busca de una posicion y de una fortuna.

REY. Los escudos, hijo mio, son raros en todas partes. La Reina Catalina, mi buena madre, me está repitiendo continuamente que yo soy el caballero mas pobre de mi reino.

EN. Sin embargo, si V. M. quiere dividir con nosotros su pobreza nos daremos por muy satisfechos. (Sonriendo).

REY. (A Pibrac). Todos estos gascones están siempre llenos de agudeza.

PI. Pero efectivamente bien escasos de dinero. (Sonriendo).

REY. (Dirigiéndose á Enrique). Apesar de todo, presumo que no faltarán en vuestra escarcela una veintena de escudos para jugar conmigo al tresillo?

EN. Ciertamente; y si fuera preciso empeñaré á V. M. la mitad de mi pension.

REY. (A los pages). Traed las cartas.—Señor de Corasé, colocaos en frente de mi.

(El Rey se sienta; á su frente Enrique. Pibrac de pié á la izquierda del Rey, Noé á la derecha de Enrique.—Los pages presentan las cartas y las fichas en una bandeja de plata.)

EN. V. M. me colma de honor!...

PI. (Bajo á Enrique.) Es preciso dejaros vencer. Si S. M. gana, estará de muy buen humor.

REY. Señores, ocupad vuestros asientos. (Aumory que se halla colocado á la izquierda del Rey, baraja y distribuye cartas.) Mientras que todas esas gentes se divierten y gozan á su manera, el Rey de Francia procura hacerlo como un simple particular que satisface un capricho; pero no lo puedo remediar, el tresillo y la caza son dos pasiones que me dominan.—Juego.
(Despues de mirar sus naipes.)

EN. Paso.

AU. Paso. (Empieza el juego. Algunos caballeros se aproximan á la mesa. RENATO aparece en el fondo con algunos otros.)

REY. Juego.

RE. (A uno de los caballeros.) ¿Quienes son esos jóvenes admitidos esta noche al juego del Rey?

PI. (Bajo al Rey.) Señor, ya tenemos aquí al Florentino.

REY. Y bien? (El Rey baraja y reparte cartas.)

PI. Que V. M. va hacerle pasar un mal rato.

REY. Ah! sí, es verdad; ya me habia olvidado de la aventura del camino de Blois; vive Dios que me alegro.

EN. Paso.—Con que V. M. sabe tambien?...

REY. Supongo que habrá jurado vengarse, pero desgraciado de él si se atreve á intentar nada contra vosotros.

PI. Dios lo quiera!

RE. (Se aproxima á la mesa para saludar nuevamente al Rey y reconoce à Enrique y á Noe.) Voto al infierno! Ellos son! mis burladores!

REY. Ola, maese Renato. Conocias por casualidad á estos caballeros?

RE. Yo?... No señor! (Conteniéndose.) (Fatalidad! como se encontrarán aquí?

REY. (Bajo á Pibrac.) Que cara tan patibularia tiene!
(Enrique y Noe se sonrien.)

RE. Señor, con vuestra licencia... (Inclinándose para retirarse.)

REY. Quédate, Renato; tenemos un gran placer en verte, sobre todo en este momento.

RE. (Insistiendo en marcharse.) Pero...

REY. Lo quiero, lo mando!

RE. Obedezco. (Inclinándose con respeto.)

REY. Señor de Corasé, continuad refiriéndonos el suceso de que nos hablabais hace un momento, y que la llegada de Renato ha venido á interrumpir.

RE. (Corasé!... No olvidaré este nombre!)

REY. Apropósito de esa aventura que os ha ocurrido en el camino de Blois. Has oido tú hablar de ella, Renato? (Con intencion.) (Cesa el juego en tanto que refiere la aventura.)

RE. No señor. (Se estarán burlando de mí?

REY. (Sonriendo y con intencion.) Es estraño, porque segun me han dicho, tú lo sabes todo.

EN. Dispénseme V. M., pero no sé si debo...

REY. Temeriais hablar delante de Maese Renato?

EN. Todo lo contrario, con tanta mayor razon que si cometo algun error, el señor Renato tendrá la amabilidad de rectificarme...

RE. (Incomodo.) Caballero, ¿que es lo que quereis decir?

EN. Puesto que, segun afirma V. M., este señor lo sabe todo.

REY. Adelante: suspendamos el juego por un momento.

EN. Pues señor, dias pasados y cuando mi querido amigo Aumory y yo nos dirigiamos á París, dos horas antes de llegar á la capital nos sorprendió la tormenta.

REY. Continuad.

EN. Gruesas gotas empezaban á caer y calaban ya nuestros vestidos, cuando providencialmente y á un lado del camino, vimos una gran roca oradada bajo la cual pudimos guarecernos. La tempestad estalló con horrible violencia y al ruido del trueno y de la lluvia que caia á torrentes, se mezcló otro ruido estraño que nos llamó la atencion.

REY. Y qué ruido era ese?

EN. El galope de dos caballos, pero un galope precipitado, furioso. Entonces y á la luz de los relámpagos, vimos una mujer que azotaba con su látigo el cuello de un soberbio alazan y que pasó por delante de nosotros rápido como una exalacion. Detrás de ella y á muy corta distancia, otro ginete la perseguia é iba ya á darla alcance, cuando me ocurrió la idea de disparar un pistoletazo sobre el perseguidor, el cual rodó por tierra con su cabalgadura. (A Renato con tono zumbon). Si me equivoco no temais rectificarme.

RE. (Con rabia). Señor mio!...

REY. Es decir que matasteis al segundo ginete?

EN. No, por cierto. Se levantó de un salto y vino hácia nosotros diciendo: «Un caballo! un caballo! Es preciso

que yo alcance á esa mujer! Obedeced, porque yo soy...»

RE. (Contrariado). (Caballero! (Aparte à Enrique).

REY. Por qué os interrumpís? (A Enrique).

EN. El nombre se perdió entre el ruido de la tempestad y no pude oirlo bien. Finalmente, viendo nuestra resistencia, se arrojó sobre mí espada en mano, pero ya estaba yo en guardia y en el momento de tirarse á fondo dí un salto de costado y con el pomo de mi espada, descargué sobre su cabeza tan certero golpe, que cayó por tierra desmayado.

REY. (Maliciosamente dirigiéndose à René.) Y efectivamente, tú nada sabias?

RE. Nada, señor. (Con rabia reconcentrada.)

REY. Es estraño. (A Pibrac.) (Le ahoga el corage.) Y quien era esa dama á quien se perseguia con tal encarnizamiento?

EN. Lo ignoro, señor; pero oi decir en el pueblo que era la mujer de un platero llamado Loriot, la cual huia la persecucion de aquel hombre infame ,que codiciaba la posesion de la dama despues de haber asesinado al marido.

REY. Qué horror!

AU. Pero es lo cierto que llevó su merecido.

RE. (Oh, miserable! Yo me vengaré!)

REY. (A Enrique dejando de jugar y levantándose.) Basta por hoy señores, pero os emplazó para mañana.

EN. Mi mayor dicha será complacer á V. M.

(todos se levantan; los pajes retiran la mesa.)

REY. He pasado un rato muy agradable y á ti lo debo, mi bravo Capitan. (A Pibrac.) En prueba de la satisfaccion que esperimento quiero hacer aun mas por tu pariente, por tu amigo, que ya lo es mio tambien.

PI. Señor!

EN. Tanta bondad!

REY. (A Enrique.) Quiero presentaros á mi querida hermana y que baileis con ella una contradanza. (A los cortesanos.). Seguidme, señores... (Váse el Rey por la puerta del fondo seguido de Pibrac, Enrique y varios caballeros. Aumory queda en el fondo y observa á Renato que da muestras de la agitacion mas viva y de una cólera mal reprimida.)

ESCENA V.

RENATO-AUMORY (en el fondo.)

RE. Oh! Verme burlado! escarnecido! . Yo, el hombre ante cuya mirada tiemblan los ma altos personages de la Corte!...

AU. (Que se ha ido aproximando.) Un m mento: apostaria á que nos odiais sinceramente?

RE. (Variando de tono.) A quién?

AU. A mi compañero y á mi.

RE. (Con humilde hipocresía.) Os engañais... Ni como habia yo de aguardar rencor á dos jóvenes tan amables, tan cumplidos y que tan pronto se han elevado en la privanza de S. M.! Seria necesario estar loco!

AU. Pues por si acaso, permitidme que os dé unb uen consejo.

RE. Yo lo admitiré siempre con gratitud. (Con intencion.)

AU. Cuidado con los gascones, maese Renato; tenemos la cabeza dura y la piel aun mas que la cabeza. Ya sé que os son familiares el veneno y el puñal, pero tened presente que contamos con amigos poderosos y que apesar de la proteccion que os dispensa la reina madre, podriais dar un mal paso...

RE Gracias por el consejo.

AU Ya estais prevenido. Adios. (Váse.)

RE. Saber esperar es la gran ciencia de la vida, y yo tengo la calma suficiente para practicar tan bella máxima.—Jóven insensato! ya me llegará mi vez y guay de ti entonces y de tu compañero!...

UGIER. (Anunciando.) S. M la reina madre.

RE. (Irguiéndose.) Ya era tiempo!

ESCENA VI.

RENATO-CATALINA.

CA. (Entrando por el fondo.) Al fin te encuentro: que sabes de

esos dos jóvenes que han sido presentados esta noche al Rey.

RE. Que son los mismos, señora, que me ultrajaron tan indignamente en el camino de Blois.

CA. El Rey, segun me han dicho, los colma de atenciones y los ha tomado bajo su proteccion.

RE. Espero que V. M. no me negará la suya.

CA. Está bien; pero en estos momentos mas graves intereses reclaman nuestra atencion: olvidemos los mas pequeños.

RE. Aplazar, sí, pero olvidar, jamás! Ahora bien, en qué puedo ser útil à mi soberana?

CA. El silencio de Juana de Albret me inquieta.

RE. Sin embargo, el matrimonio de su hijo con la princesa Margarita no es cosa ya decidida?

CA. Sí; pero esa es justamente la causa de mi sorpresa; la reina de Navarra y su hijo deberian hallarse ya en Paris. El partido hugonote no descansa.

RE. Y porque no acabamos de una vez con él? Que V. M. dé la señal y haremos en esos herejes una horrible carniceria!

CA. Te reconozco bien, mi bravo Renato, pero aun no es tiempo. Déjales acercarse al Louvre con motivo del enlace de mi hija con su Jefe. Inspirémosles confianza, y cuando mas descuidados estén, cuando haya podido convencer á mi hijo de la utilidad de un golpe de Estado, yo daré la señal.

RE. Con que es absolutamente necesario que ese enlace se verifique?

CA. Sí.

RE. En tal caso os aconsejo que veleis al Duque de Guisa.

CA. El Duque se halla desterrado y nada tenemos que temer de él.

RE. El Duque, señora, se halla en Paris.

CA. En Paris?

RE. Yo mismo le he visto.

CA. Si vuelve á ver á mi hija todo lo habríamos perdido!...

RE. De V. M. depende que no la vea.

CA. Oh! no la verá.

RE. Qué debo hacer yo?

CA. Escucha; para aclarar mis sospechas respecto á la reina de Navarra y á los planes que supongo se fraguan en aquella Córte, necesito de un hombre fiel,

de una inteligencia especial que se traslade á Pau, á fin de observar y traerme noticias positivas.

RE. Cuando debo partir?

CA. Mañana mismo.

RE. Al amanecer me pondré en camino.

CA. (Mirando al fondo.) El Rey se acerca; retírate. (Renato se inclina y vase.)

ESCENA VII.

CATALINA-REY-MARGARITA-ENRIQUE-AUMORY-DAMAS, CABALLEROS.

EN. (Dando la mano á Margarita.) Doy á V. A. las mas humildes gracias por tan lisonjeras palabras.

MAR. Es justicia.

REY. Aquí tenemos á nuestra madre.—Quiero tambien presentaros á ella.

EN. Señor! tanta bondad!

REY. (Cogiéndole de la mano y presentándole, igualmente que á Aumory.) El caballero de Corasé, recien llegado á la Corte, y que como su amigo Aumory de Noé, han conseguido captarse nuestra voluntad y nuestras simpatías.

EN.
AU. } Señora!

CA. Desde este momento yo les ofrezco tambien la mia. (Enrique y Noé besan la mano á la Reina.)—Saludos recíprocos. El rey, en la derecha, habla con la reina madre, con Aumory y algunos caballeros. Margarita en la izquierda con Enrique.)

MAR. Hace mucho tiempo que os hallais en Paris, caballero?

EN. Muy pocos dias, señora.

MAR. Y pensais permanecer en él?

EN. Como he venido á buscar fortuna y la fortuna es una niña bastante caprichosa, dependerá mi estancia en la Corte de la buena ó mala estrella que guie mis pasos.

MAR. Por lo que veo, vuestra fortuna empieza bastante bien.

EN. Hasta un estremo tal, señora, que algunas veces me figuro si es un sueño todo lo que me pasa.

MAR. Sueños hay que se realizan.

EN. Escepto aquellos que nacen en las gradas de un trono.

MAR. (Le mira con sorpresa.) Qué dice? Audaz es el mancebo, pero su ingénio me cautiva.

REY. (A Catalina.) Madre mia, quereis apoyaros en mi brazo para venir á saludar á las personas que permanecen aun en los salones?

CA. Como gusteis.

REY. Mi querida hermana, tú debes estar cansada y no exijo de tí igual sacrificio. Para que no te aburras, permito que te acompañe el caballero Enrique de Corasé, que tiene mucho talento, y que te distraerá con su conversacion.

EN. Señor!...

MAR. (Sentándose.) Doy gracias á V. M... Efectivamente estoy algo cansada.

REY. Vamos, señores!... (Vanse todos escepto Margarita y Enrique.)

ESCENA VIII.

MARGARITA-ENRIQUE-AUMORY. (al fondo.)

MAR. (Sentándose.) Ya que nos dejan solos un momento, seria en mí una indiscrecion pediros algunas noticias, que mejor que otro alguno podeis darme, y que me interesan mucho?

EN. Estoy á las órdenes de V. A.

MAR. Vos no podeis ignorar que se piensa en mi enlace con monseñor Enrique de Navarra, vuestro príncipe.

EN. Mi pobre patria será tan dichosa que una reina tan jóven, tan bella, y de un talento tan superior...

MAR. Adulador y lisonjero sois, señor de Corasé.

EN Mi corazon es el que habla.

MAR. Pues bien, desearia me digeseis algo sobre la Corte de Nerac.

EN. En ella se aburre todo el mundo, señora.

MAR. Lo mismo que en el Louvre.—Y el príncipe?

EN. Pasa su vida dedicado á la caza.

MAR. Es singular.—Y como acostumbra á vestír?

EN. Como el mas tosco pastor de nuestras montañas.

MAR. Jesús, qué horror! (Sonriendo.)

EN. Su barba descuidada, sus manos toscas, y su cabello

en fin, cortado á raiz y á la moda de los hugonotes puritanos.

MAR. Y tiene talento?

EN. No ha tenido aun ocasiones en que demostrarlo.

MAR. Observo que sin embargo de ser vuestro príncipe, no le tratais muy bien.

EN. Os engañais, señora; seguro estoy de que nadie le quiere tanto como yo.

MAR. Y decidme, no se le han conocido intrigas amorosas?

EN. Oh! con respecto á eso, puedo asegurar que no.

MAR. Sin embargo, habia oido hablar, entre otras, de las que tienen relacion con una cierta Corisandra, Duquesa de Gramont. (Jugando el abanico y con mucha coqueteria.)

EN. Ah, señora, conozco perfectamente esa historia.

MAR. Contádmela, contádmela!

EN. En primer lugar, el príncipe no ama ya á Corisandra.

MAR. Será cierto?

EN. Es la verdad, señora.

MAR. Y desde cuando?

EN. (Vivamente.) Desde hace muy pocas horas. (Conteniéndose.) Es decir, muy pocos dias.

MAR. Y cómo se explica?...

EN. Muy sencillamente.—El príncipe tiene para obrar así, dos razones poderosas.

MAR. Esplicaos.

EN. La primera, que la duquesa de Gramont es insoportablemente celosa.

MAR. (Sonriendo.) Pobre mujer.

EN. Y la segunda, que el príncipe ama á otra.

MAR. De veras?

EN. Y lo mas original es que está perdidamente enamorado de la que debe ser su mujer.

MAR. Qué decis? De mí?

EN. Yo no hago mas que trasmitir á V. A. lo que la opinion pública pregona.

MAR. (Sonriendo y con coqueteria.) Enamorado de mí? No comprendo como puede ser esto.

EN. Muy sencillo: desde el momento que os ha visto. (Conteniéndose.) Es decir, desde que ha visto vuestro retrato.

MAR. (Sonriendo.) Pobre Duquesa! Debe hallarse desolada, aflijida!

EN. Me es imposible satisfacer en este punto á V. A. porque precisamente partia yo de Nerac en el momento en que el príncipe cesaba de amar á Corisandra.

MAR. De veras? (Es singular! Este gascon me dá que sospechar! Oh! yo aclararé el misterio.)

EN. Decia V. A?...

MAR. Que viene gente y debemos suspender esta conversacion. (Viendo entrar á Nancy y otras dos Camareras.) Voy á retirarme á mis habitaciones, porque estoy bastante cansada, pero os suplico que mañana vengais á verme y continuareis dándome noticias... (Aumory aparece en la puerta del fondo.)

EN. No faltaré. Desde hoy la imágen de V. A. me acompañará á todas partes. Dichoso príncipe mio!

MAR. (Sonriendo.) No soñeis demasiado.

EN. Despierto se sueña tambien y yo, por desgracia, padezco esta pícara enfermedad.

MAR. (Con escesiva amabilidad y tendiéndole la mano que Enrique besa.) Hasta mañana, pues.

EN. Hasta mañana.

AU. (A Enrique al marcharse y en tanto que Margarita habla con Nancy.) Y bien?

EN. Que estoy loco, enamorado de la princesa!...

AU. Entonces, Paola...

EN. La amo tambien; que tiene eso de particular? Vamos á su cita.

AU. Pero...

EN. No me repliques y sígueme. (Vánse por el fondo.)

ESCENA IX.

MARGARITA-NANCY-DONCELLAS.

MAR. (Vivamente á Nancy.) Haz que un paje de confianza siga á esos jóvenes, que averigüe su domicilio, que vigile todos sus pasos y venga á darme noticias.

NAN. Observo que V. A. está bastante agitada.

MAR. Sí, es cierto, no quiero ocultártelo. El caballero Enrique de Corasé tiene la culpa: su conversacion me ha conmovido de tal modo, que...

NAN. Ay, señora! Habrá perdido el pleito monseñor de Guisa? (Renato aparece en la puerta del fondo.)

MAR. (Sonriendo.) No sé. Vamos á mi cuarto, mi pobre Nancy. Mas tarde tal vez seré mas espansiva contigo. (Váse por la 1.ª puerta izquierda seguida de Nancy y las dos camareras.)

ESCENA X.

DUQUE DE GUISA-RENATO.

DU. (Entrando por la puerta secreta 2.º término derecha y embozado. Toca á René en el hombro.) Maese Renato, una palabra.

RE. (Volviéndose sorprendido.) Vos, vos aquí!

DU. Todo lo he oido oculto en esa galería

RE. Monseñor!

DU. Por mi parte, yo sé lo que debo hacer: respecto á ti, solo me resta una cosa qne añadir. El hombre que ronda tu casa, que codicia el tesoro que guardas y al que no pudiste alcanzar anoche, es el mismo que te ultrajó en el camino de Blois.

RE. El!

DU. Ahora, obra segun te parezca. Adios. (Váse por el mismo sitio que apareció.)

RE. Entonces, basta de vacilaciones; es necesario que muera... y morirá!—Vamos en busca de Paola.

ACTO TERCERO.

CUADRO IV.

El veneno de los Médicis.

La misma decoracion del cuadro segundo. Una lámpara sobre la mesa y recado de escribir. Renato, aparece escribiendo.

ESCENA I.

RENATO-GODOLFIN.

GO (Entrando.) Señor, señor! S. M. la reina madre.

RE. (Levantándose.) Está bien; retírate y cuando se presente ese hombre que he mandado llamar, que espere en mi laboratorio.

PAJE. (En la puerta anunciando.) La reina!

ESCENA II.

RENATO-CATALINA.

RE. Señora!

CA. Con que no has partido?

RE. Dispensad, mi debilidad, señora: sino he obedecido tan pronto como debiera á mi soberana, es porque soy padre, es...

CA. En efecto, tienes una hija, que segun me has dicho es encantadora y que ocultas á todo el mundo.

RE. Si, señora, y no quiero que nadie me robe el amor de mi hija.

CA. Y bien?

RE. Me disponia ya á partir para Navarra en cumplimiento de las órdenes de V. M., cuando he recibido aviso de que un ladron de mi honra, un audaz mancebo, el mismo precisamente que ya me ultrajó una vez en el camino de Blois, se habia introducido furtivamente algunas noches en mi casa con intencion de robarme mi tesoro.

CA. Será cierto?

RE. Oh! no lo dudeis.

CA. Te disculpo, Renato, y te compadezco.

RE. De V. M. depende que desaparezcan, ó por lo menos que se calmen algun tanto mis temores.

CA. Esplícate.

RE. Que V. M. se digne velar por mi hija, que la vea yo colocada bajo el amparo y vigilancia de mi soberana y nada tendré que temer.

CA. Tranquilizate; esta misma noche mandaré por ella y quedará instalada á mi lado y en el Louvre.

RE. Oh, señora! cuanto tengo que agradeceros!

CA. Al presente, aprovechemos los instantes de que puedo disponer. Has sabido algo que pueda interesarme?

RE. Si señora: sin haberme aun presentado en la Corte de Navarra, he descubierto los nombres de algunos nuevos enemigos de V. M. tan encarnizados como poderosos.

CA. Y quienes son?

RE. Todos ellos de concierto y teniendo por Jefe á la reina Juana, se organizan y se preparan para perder á V. M.

CA. Insensatos! Y no comprenden que el hacha del verdugo está pendiente de un hilo sobre sus cabezas, y que en el momento que yo lo rompa...

RE, Que V. M. dé la señal y entonces...

CA. No es tiempo aun, Renato.

RE. Es decir que lo que V. M. desea al presente...

CA. Es obrar como reina, no como fanática. Se dice públicamente, lo sé, que soy disimulada y cruel; se me ultraja con libelos y con groseras injurias, pero es lo cierto que todo el mundo tiembla delante de mí, y que la corona de mi hijo, gracias á mis esfuerzos ti-

tánicos, permanece firme sobre su cabeza.

RE. V. M. es una mujer superior!

CA. La historia dirá tal vez que fuí una reina cruel y sanguinaria, pero, qué me importa? Habré tenido la satisfaccion de haber salvado una vez mas la monarquía y mi conciencia estará tranquila.

RE. Lo que no comprendo, señora, es el porque, sabiendo perfectame las aspiraciones de los Hugonotes, pensais en dar vuestra hija al príncipe de Navarra, uno de los jefes mas temibles de ese partido?

CA. Porque del príncipe de Navarra nada tenemos que temer. Es jóven, aturdido, lijero, enamorado. Por el contrario, si el Duque de Guisa hubiese sido elegido, bien pronto seria él mas rey de Francia que el mismo rey Cárlos.

RE. La penetracion, el talento de V. M. me admira! Quiere decir que si el Duque de Guisa, impulsado por el amor, ó tal vez por la fatalidad, se hubiera arriesgado á venir á París con el objeto de apoderarse de la princesa, é intentar por violencia ó por astucia conducirla á su palacio?

CA. Si eso fuera verdad!...

RE. Señora, yo no miento jamás; es exacto lo que acabo de decir á V. M.

CA. Entonces, no mas contemplaciones, Renato, la medida ha llegado á su colmo! Me has comprendido?

RE. Perfectamente. Esta misma noche V. M. será vengada. Y en cuanto á la reina Juana que es el alma de las conspiraciones, nada dispone V. M.?

CA. Nada, por ahora: en vísperas de la boda de su hijo con la princesa Margarita no conviene despertar sospechas; si mas adelante se opusiese á mis proyectos... Oh! entonces!...

RE. (Con intencion). Es verdad; como nadie tiene la salud comprada, pudiera enfermar repentinamente la buena señora, y...

CA. Qué quieres decir?

RE. Yo? nada. Que hay enfermedades que son mortales y que la ciencia es impotente para su curacion.

CA. Esplícate.—Yo no quiero que asesines á la reina Juana.

RE. (Hipócritamente). Ni yo pretendo violentar el ánimo de

V. M.—Pero si algun dia V. M. necesitase de mis servicios...

CA. (Mirándole fijamente). Acaba.

RE. (Se dirige á un nicho secreto oculto en la pared y saca un precioso cofrecito que viene á colocar sobre la mesa delante de la Reina).
Mirad.

CA. Precioso cofrecito!... Es una verdadera maravilla!...

RE. (Abriéndolo). Qué vé dentro de él V. M.?

CA. Unos hermosos guantes. (Disponiéndose á sacarlos).

RE. Oh! no los toqueis, señora. (Deteniéndola).

CA. Ah!

RE. Aunque estos guantes sean dignos de una princesa, es preciso que V. M. se limite á contemplarlos. (Saca los guantes cogiéndolos por el cordon de la muñeca). Mirad, señora; no solo están bordados por fuera con oro y pedreria, sino que el interior se halla impregnado de una sustancia particular, compuesta de pequeñas partículas de diamante, que imitan perfectamente el rocío de la mañana.

CA. Será cierto? (Sin volver de su asombro).

RE. Sobre todo en el sitio donde para ajustarlos bien á la mano es preciso apoyar fuertemente los dedos sobre la piel.

CA. Y esas partículas tienen por objeto?..

RE. Desgarrar ligeramente la epidermis de la fina y blanca mano que en ellos se introduzca.

CA. Y entonces?..

RE. (Hipócritamente). Entonces, la sustancia en cuestion se introduce rápidamente en la carne, penetra en las venas con celeridad, y es conducida al corazon, término de su viaje.

CA. Oh! Es un arma bien cobarde, Renato!...

RE. Cobarde! (Sonriendo diabólicamente). Sí, es verdad: eso dicen algunos de mí. Me llaman cobarde porque ecomizo el verter sangre. Qué quereis? Yo no soy hombre de armas, sino perfumista al servicio de V. M., ó mejor dicho, al de los enemigos de V. M.

CA. Adios: tienes algo qué pedirme? (Renato guarda el cofre).

RE. Nada, señora; únicamente que si en servicio del rey y en el vuestro, me viese esta noche obligado á esterminar á algunos hugonotes...

CA. Te comprendo... Aguardas al amante de tu hija!

RE. Y bien, señora?...

CA. Obra como quieras, aceptaré tambien por esta vez la responsabilidad: pero escucha Renato; llegará un dia en que el rey se levantará de mal humor y del mismo modo que hoy vienes tú á pedirme la vida de un enemigo tuyo, se dirigirán á él pidiéndole tu cabeza y el rey la concederá de muy buen grado, porque te aborrece.—Adios. (Váse).

RE. (Viéndola marchar). Aun en la escalera del patíbulo, seguro estoy de que tú me salvarás, porque me perteneces.

ESCENA III.

RENATO, GODOLFIN, despues TORRE-SPADA.

GO. Maestro, el hombre á quien esperabais aguarda vuestras órdenes en esa galería.

RE. Que entre, y tú vigila esa puerta. (Señalando la del fondo). Sin duda es Torre-Spada. (Abriendo una puerta oculta en el 2.º término izquierda).

TO. (Apareciendo en el dintel). El mismo! ya veis que soy exacto á la cita.

RE. (Sentándose.) Porque sé lo que vales y en mi servicio te has ocupado mas de una vez, por eso te he preferido.

TO. Gracias; pero siempre que os he servido me habeis recompensado bien mezquinamente, y esta ocasion, como no os mostreis mas generoso...

RE. Cien libras tornesas es el precio que tengo fijado: te conviene?

TO. (Frotándose las manos). Eso es hablar en razon! Vamos á ver, ¿de qué se trata?

RE. De un hugonote, de un Bearnés.

TO. Magnífico! yo los odiaba ya por instinto, pero desde cierta aventura que me ocurrió con uno de ellos en casa de Maiican, los detesto con toda mi alma!

RE. Qué aventura es esa?

TO. Nada, nada... Es un asunto particular que me atañe. —Lo que es cierto, que si por casualidad vuestro hombre fuera el mio, yo creo, así el diablo me lleve, que

os habia de servir de balde.—Y sepamos cuando es la cosa?

RE. Esta misma noche.

TO. Donde?

RE. Aquí.

TO. Que me place.

RE. Cuantos hombres has traido contigo?

TO. Diez, los cuales se hallan escalonados á lo largo del puente y en la calle.

RE. Fuertes? ¿diestros?

TO. Como elegidos por mí.

RE. Por el pronto, cuatro contigo me bastan en este sitio. No tienen mas que apoderarse de un hombre y atarlo. —Yo me encargo de lo demás.

TO. Y los restantes?

RE. Que permanezcan escalonados en la calle; no les faltará que hacer.

TO. Segun eso es un golpe doble?

RE Justamente.

TO. Entonces el precio tiene que ser mayor.

RE. Lo será.

TO Esplicaos, porque á mí me gustan las cosas claras y terminantes.

RE. (Con misterio). Pues bien; el Duque de Guisa se halla en Paris, ronda á estas horas por los alrededores del Louvre y es preciso que muera.

TO. (Retrocediendo). Demonio! Pero el Duque de Guisa es un bravo y no se dejará despachar tan fácilmente ..

RE. Está claro.

TO. En su consecuencia, la vida del Duque vale lo menos quinientas libras.

RE. Convenido: pero oigo ruido por este lado. Sigueme y acabaré de darte mis instrucciones.

TO. Vamos.

(Desaparecen por el pasadizo secreto de la izquierda, 2.º término).

ESCENA IV.

(Queda la escena un momento sola: Música de la orquesta á la sordina hasta la aparicion de Enrique en el balcon. Aparece por la puerta primer término AMINA, que observa con recelo é investiga si hay alguien en la habitacion: recorre la escena escuchando

en las paredes; penetra en el gabinete de la derecha y sale inmediatamente. Se dirige en seguida á la puerta del fondo, la abre y vé que tampoco hay nadie: entonces significa mímicamente su satisfaccion, se dirige á la mesa, coge la lámpara y se aproxima con ella al balcon: despues vuelve á dejarla sobre la mesa, y vàse por la puerta del fondo, cerrando por fuera. Inmediatamente se oye un grito ahogado en la parte esterior. PAOLA aparece en el dintel de la puerta y ENRIQUE escalando el balcon.—Música á la sordina adecuada á la situacion).

ESCENA V.

ENRIQUE, PAOLA.

PAO. (Sobresaltada). Me ha parecido oir!..

EN. (Saltando por el balcon). Mi amada Paola!

PAO. (Conteniéndose). Ah! sois vos?

EN. Sí, yo, adorada mia; pero por qué tiemblas? (Estrechándola en sus brazos; Paola se sienta en el sillon; Enrique á sus piés en un taburete).

PAO. Al penetrar en esta sala me ha parecido oir un grito.

EN. Un grito? y de quién?

PAO. No sé, pero, pero tengo miedo...

EN. Será el efecto de tu imaginacion.—Nada tiene de estraño, que encerrada en esta solitaria y negra casa del Puente de San Miguel, mil fantasmas y ruidos estraños vengan á cada instante á turbar tu sosiego. Esta miserable existencia no conviene á tu belleza, ni á tu juventud.—Pero, por Dios, no tiembles así! (Cogiéndola las manos.)

PAO. Escuchadme, Enrique; todo lo que me pasa de unos dias á esta parte, es tan nuevo, tan estraño para mi, que no me reconozco... que creo que todo es éfecto de un sueño!

EN. Un sueño, sí, como todo lo que se asemeja á la felicidad! (Con estraordinario cariño y dulzura).

PAO. (Tristemente) La felicidad!

EN. Me habré yo engañado? no escuché ya de tus divinos labios que eras feliz cuando te hallabas á mi lado? que eras completamente dichosa cuando leias en mis ojos la alegría de mi corazon, la intensidad de mi amor?

PAO. Vuestro amor! (Con alegría infantil.)

EN. Sí, mi amor!... ah! si tú me amases con igual ternura...

PAO. Harto sabeis que os amo!

EN. Pero no lo bastante para seguirme?

PAO. Seguiros! y adonde? (Levantándose.)

EN. Léjos, muy léjos de aquí.

PAO. Y mi padre!

EN. Tu padre! (Con tristeza.)

PAO. (Con interés infantil.) Oh! si tú quisieras, si me amasés tan leal y sinceramente como dices, podiamos aun ser muy dichosos!

EN. Habla! habla! (Estrechando sus manos.)

PAO. Mi padre vá á venir; ya no puede tardar: salgámosle al encuentro y confesémosle nuestro amor; me ama demasiado para querer mi desgracia y consentirá en todo: de este modo podria llegar á ser tu esposa.

EN. (Con profundo sentimiento.) Dios mio! Desgraciadamente y por mucho que sea mi cariño, eso es imposible! (Renato aparece por la puerta secreta izquierda.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS—RENATO.

RE. (Cruzado de brazos y con ademan altivo.) Y por qué es imposible, caballero?

EN. El! Renato! Ah! Y con qué derecho os permitis interrogarme?

PAO. Es mi padre, Enrique! (Asustada.)

EN. Su padre! La hija de un malvado!...

RE. Espero vuestra respuesta. (Con calma.)

EN. Nada tengo que contestaros. (Con altivez.)

RE. Nada, absolutamente? (Sonriendo.)

EN. No.—Y debeis comprender el por qué...

RE. Esplicaos.

EN. Evitadme el hacerlo delante de ella.

PAO. Oh, no! hablad, hablad. Yo puedo oirlo todo. (Con ansiedad.)

EN. Infeliz!

RE. Con que os negais á darme una satisfacción?

EN. Seguidme y en la calle os la daré. No quiero que esta pobre niña oiga de mis labios, puesto que lo ignora, el verdadero nombre de su padre.

PAO. Oh, no salgais, Enrique, no salgais!... (Corriendo á su lado.) Yo no quiero abandonaros: leo, adivino en la mirada siniestra de mi padre que medita alguna cosa terrible.

RE. Desgraciada!

EN. (Amenazador.) Miserable! Puesto que tú lo quieres, sea.

RE. Qué vais á decir?

EN. Que eres un cobarde asesino, y que ese pobre ángel no merecia tener por padre á Renato el Florentino, el envenenador público, el terror de la Corte de Francia!

PAO. (Dando un grito y cayendo desmayada sobre el sillon.) Ah! Jesús! Jesús mil veces!...

RE. Ola! A mi! Desgraciado! Acabas de firmar tu sentencia de muerte! (Torre Spada aparece con cuatro hombres, y se arrojan espada en mano sobre Enrique, á quien desarman, sin darle tiempo de ponerse en defensa: lo atan, colocándole una mordaza en la boca.)

EN. Dios de Dios!

(En este momento llaman à la puerta del fondo).

RE. (A Torre-Spada.) Silencio! (Yendo à escuchar). Quién es?

GO. (Dentro). De parte de S. M. la reina madre, vienen con una litera en busca de la señorita Paola para conducirla á palacio.

RÉ. Ah! está bien!—Colocad á ese hombre en esa silla y atadlo. (Señalando à una silla de la derecha cerca de la ventana. Los asesinos ejecutan la órden). Ahora, conducid á mi hija á la litera. y en seguida id á esperar al Duque en la encrucijada del Puente.—De este me encargo yo.

(Los espadachines se llevan á Paola, que continua desmayada, en la silla; Renato cierra la puerta despues que se han marchado y contempla un momento á Enrique con feroz alegría; saca un puñal que lleva á la cintura y se dirige á herirle.)

Ahora, que el infierno te confunda!..

(Aumory de Noe aparece en el balcon y penetra en la escena apuntando con sus pistolas á Renato).

AU. Si dás un paso mas, te levanto la tapa de los sesos.

RE. (Retrocediendo y dejando caer el puñal). Ah!

(AMINA abre la puerta del fondo, penetra en la escena y se dirige á desatar á Enrique, que libre ya de sus ligaduras, recoge su espada que aun permanece en el suelo).

AU. Tú, noble niña, desata á mi amigo y huye de esta casa maldita!... ya te he dicho donde encontrarás un refugio.

(Amina obedece, eleva sus manos al cielo en accion de gracias y desaparece).

Que ageno estabais, maese pícaro, de verme representar tan oportunamente el papel de Providencia! Gracias á esa pobre niña que ha escapado milagrosamente de las manos de tus espadachines y ha venido á avisarme. Eh! Quieto! (apuntàndole siempre). He llegado á tiempo, no es verdad?

EN. Y tanto. Un segundo de retardo y el puñal de ese bribon habria traspasado mi pecho.

RE. (Con rabia reconcentrada). Condenacion!

EN. (Cogiendo las cuerdas con que le ataron). Pudiera mataros sin remordimiento y sin escrupulo de conciencia, pero no acostumbro á manchar mis manos en miserables como vos.—Sentaos en ese sillon (Señalando el de la izquierda). (Noe continua apuntándole).

RE. Pero... (Vacilando).

AU. Obedece!

EN. (Lo ata y le pone el pañuelo por mordaza). Bien poco son cinco minutos de cautividad; pero si os resistis, si haceis el menor movimiento...

AU. Lo mejor seria despacharle en seguida. (Colocándole la pistola sobre la sien). Dadme licencia y es asunto concluido.

EN. (Despues de haber atado á Renato). Detente: no. Seria privar de sus derechos al verdugo.—Vamos.

(Enrique y Noe se dirigen al balcon y empiezan á bajar por la escala.—Cae el telon, que debe levantarse otra vez lo mas pronto posible. La mutacion de decoracion en este cuadro, debe ser tan rápida como si se verificara á la vista del público, á cuyo fin, la del cuadro siguiente debe hallarse colocada de antemano. Con este objeto la decoracion anterior es corta y bien sencilla para hacerla desaparecer en seguida. Música á la sordina á la terminacion de este cuadro y principio del siguiente.

CUADRO V.

El Puente de San Miguel.

Al fondo la barbacana del rio; á un lado y á otro casas de pobre apariencia; pendiente del balcon de una de ellas, en el lado derecho, una escala por la que se disponen á bajar ENRIQUE y AUMORY. Es de noche y el teatro y las aguas del rio se hallan débilmente iluminadas por el resplandor de la luna. Al levantarse el telon, Torre-Spada coloca silenciosamente á sus hombres en distintos sitios, donde permanecen ocultos hasta el momento oportuno. (Música á la sordina pero adecuada á la situacion, hasta que Aumory dice: «Asunto concluido.»)

ESCENA I.

TORRE-SPADA, ESPADACHINES en la escena; ENRIQUE Y AUMORY desendiendo por la escala; DUQUE DE GUISA entrando por la derecha último término.

To. Ya está aquí.

Gui. Si no me engaña la vista y á pesar de la oscuridad, me parece distinguir en la sombra algunos bultos sospechosos! Si será una acechanza? Por si es así preparémonos. (Desenvainando.)

To. Mano á las tizonas.

Gui. ¿Con qué efectivamente era una emboscada?

To. Adelante. (A los espadachines.)

Gui. Villanos! os venderé cara mi vida! (Batiéndose.)

En. Noé, en la calle se están batiendo.

Au. (Desde el balcon.) Cinco contra uno! miserables! (Baja.)

Du. No espereis que me rinda, bribones! (Acosado por todas partes.)

En. (Ya casi en el suelo.) Tened firme, caballero, no falta quien venga en vuestra ayuda. (Saltando al suelo y blandiendo la espada, toma parte en el combate.)

Du. (Con alegría.) Ah!

Au. (Que ha descendido tambien, el mismo juego.) Atrás, canalla!

To. (Sorprendido al ver á Enrique.) Otra vez él! (Los espadachines retroceden, van perdiendo terreno y por fin desaparecen por varios lados.)

En. Siempre!—Ven acá, bribon, ajustaré definitivamente tu cuenta.

Au. Asunto concluido. (Los espadachines y Torre-Spada huyen por la izquiegda 2.º término.)

Du. (Envainando su espada.) Abrumado por el número, si no es por vuestro generoso auxilio indudablemente habria perecido.--Gracias, señores; os debo la vida.

En. El honor y la satisfaccion son enteramente nuestros. (La princesa Margarita, con manto y careta y seguida de dos hombres, apareceen el fondo por la derecha, recatándose en la oscuridad y entre los pilares: hace seña á los hombres que la acompañan para que se coloquen á alguna distancia y ella misma queda oculta á la vista del público.)

Du. (A Noé.) Vuestro nombre?

Au. Aumory de Noé, para serviros.

Du. Y el vuestro?

En. Y para qué quereis saberlo?

Du Es tan natural!

En. Enrique de Corasé.

Du. De Corasé!... es decir, el nuevo favorito del Rey? (Sorprendido.)

En. Soy demasiado humilde para ambicionar semejante titulo.

Du. (Contrariado.) Y es á vos á quien debo la vida!... Fatalidad!

En. Ya os he dicho que de ningun modo debeis consideraros obligado; además, no comprendo la causa de vuestro sentimiento.

Du. Porque á no deberos la vida os hubiera exigido una esplicacion...

En. A mí?

Du. A vos, señor de Corasé.

En. Pues lo que es por eso no os preocupeis; estoy siempre á vuestras órdenes.

Du. Mucho me contraria, y si no fuese por la gratitud que os debo. que me ata las manos ..

En. Señor mio, basta de frases huecas y al asunto...--Decid francamente que es lo que deseais y sobre todo quien sois.

Du. Quién soy yo?

En. Si.

DU. Enrique de Lorena Duque de Guisa.

EN. (Sorprendido y saludando con socarronería burlona.) Ah! En tal caso, tengo un verdadero placer en ofreceros mis respetos...

AU. (Descubriéndose tambien y saludando). Monseñor!

EN. Aléjate, Aumory.—Monseñor y yo tenemos que hablar reservadamente.

AU. (Afortunadamente la taberna de Malican se halla á dos pasos de aquí; voy á buscarle, por lo que pueda ocurrir.) (Váse por la izquierda último término.)

EN. Ya estamos solos, podeis hablar.

DU. Una pregunta, señor de Corasé.

EN. Os escucho.

DU. Me contestareis con sinceridad?

EN. Os lo prometo.

DU. Es cierto que habeis sido presentado á la princesa Margarita, que habeis bailado con ella y mantenido despues una conversacion íntima de mas de media hora?

EN. Y qué mas? (Sonriendo.)

DU. Es cierto que habeis vuelto á verla dos veces y que os habeis prendado de su belleza y de su talento?

EN. Oh! no paseis adelante. (Margarita aparece en el fondo y escucha.)

DU. Responded. (Con altanería.)

EN. Y si yo me negase á hacerlo?

DU. Caballero, si me han mentido, os juro que castigaré severamente al calumniador.

EN. Y si os hubiesen dicho la verdad? (Con tono burlon.)

DU. Me veria en el duro estremo de castigaros por vuestra audacia.

EM. Oh! No tan alto, señor Duque, no tan alto. (Sonriendo. Es muy fácil que hayais errado el camino.

DU. Que decis?

EN. Ya se vé, como el Duque de Guisa, el altivo y soberbio Enrique de Lorena se le figura habérselas con un hidalguillo cualquiera, por eso sin duda se permite levantar tanto la voz; no es esto? Desgraciadamente no soy de esas personas á quienes se puede intimidar fácilmente.

DU. (Burlándose.) Ah! Mil perdones, señor mio; yo ignoraba hasta ahora que los Corasé descendiesen de casa soberana.

EN. Quién sabe!

DU. (Formalizándose.) De veras?

EN. Y con el fin de que S. A. no esperimente ninguna repugnancia en cruzar su acero con un simple hidalgo, solo aguardo su formal promesa de que respetará mi secreto, para revelarle mi verdadero nombre; nombre que por lo menos es tan ilustre como el de Monseñor!

DU, Cualquiera que sea juro no revelarlo á nadie.

EN. En tal caso tengo un placer en saludaros nuevamente, primo.

DU. Vos, mi primo! (Descubriéndose.) Entonces es decir que sois...

EN. Enrrique, principe de Navarra!...

MAR. (Al fondo.) Ah! (Se oculta por la derecha.)

DU. Tengo un verdadero placer en conoceros y en saludaros; pero ahora veo que somos mas enemigos que antes. (Tirando de su espada; música á la sordina hasta la terminacion del acto).

EN. Imitándole.) Es exacto: entre nosotros existe mas de una rivalidad; rivalidad de casa, de religion y de amor.

DU. Creo que el sitio y el momento no pueden ser mas apropósito, para terminar de una vez con todas esas rivalidades!

EN. Me encanta el oiros, porque vuestras palabras corresponden perfectamente á mi pensamiento. (Cruzan las espadas.) Con que tanto amais á mi futura esposa?

DU. Con idolatría!

(Batiéndose; Torre-Spada aparece recatándose en último término izquierda.)

EN. Lo siento por vos!

DU. Quién sabe! Tal vez no sea yo el mas digno de compasion.

EN. (Atacando con rabia.) Ira de Dios!—Ah!...(Cayendo herido.)

DU. Muerto! que fatal encuentro!... (Reconociéndolo.) Pero, y si no estuviese mas que herido! Entonces tanto mejor para él, tanto peor para mí!... Un principe de Lorena no asesinó jamas á un enemigo herido. Alejémonos de aquí. (Vase izquierda primer término.)

TO. (Saliendo por la derecha, segundo término, receloso y á paso de lobo.) Sí; pero como yo no soy Duque, ni Príncipe, ni desciendo de casa soberana, estoy dispensado de semejantes escrúpulos!

(Tira del puñal y se dirige á herir á Enrique que continua en tierra; pero en el momento de verificarlo, Malican y Noe que han aparecido por el fondo izquierda, seguidos de otros dos hombres, poços momentos antes, y han observado todos los movimientos del asesino, hacen fuego sobre él con el arcabuz que trae Malican.

Ha llegado mi vez!

MA. (Haciendo fuego.) Y la mia!

TO. (Cae muerto.) Ah!

AU. Todavia este bribon! (Corrienqo à Enrique y reconociéndolo.) Ah! pobre amigo mio!

MA. Qué decis? nuestro amado príncipe!

AU. Afortunadamente no está mas que herido (despues de examinar la herida.)

MA. En tal caso, y antes de conducirle á mi casa, ayudadme á arrojar al rio el cadáver de este pícaro, no sea que venga la ronda del Preboste y nos sorprenda.

AU. Como gustels.

MA. No quiero cuentas con la justicia.—Por aquí está mas baja la barbacana.

(Cogen el cadáver de Torre Spada y entre los cuatro se lo llevan al fondo, desapareciendo un momento por el último término izquierda.—Momento despues se oye el ruido del cuerpo que cae en el agua.)

MAR. (Apareciendo por la derecha seguida de cuatro hombres.) El herido á mi litera. Conducidle inmediatamente al Louvre por la puerta secreta de la poterna. Me respondeis de su vida con vuestra cabeza.

(Los hombres desaparecen llevándose á Enrique desmayado: Margarita queda oculta detrás del segundo bastidor derecha: Aumory y Malican vuelvan á la escena por la izquierda.)

AU. Asunto concluido!

MA. Ya viaja en posta para el infierno!

AU. (Viendo que ha desaparecido Enrique.) Gran Dios! El príncipe ha desaparecido! Traicion!

MA. Corramos en presecucion de sus raptores! (Van precipitadamente á marchar por el lado derecho. Margarita se les interpone y se quita la careta para que la reconozcan.)

MAR. Silencio!

AU. Ah!

MA. La princesa!

MAR. Tened la bondad de escoltarme hasta las puertas de palacio! Vuestro príncipe está en salvo.

(Aumory y Malican se inclinan y obedecen. Cae el telon.)

ACTO CUARTO.

CUADRO VI.

La Zorra en el lazo.

Sala del palacio, puerta de dos hojas al fondo, y laterales derecha é izquierda primer término. Puerta secreta tercer término derecha; chimenea en el mismo término. Muebles elegantes, velador con recado de escribir á la derecha. Divan y taburetes en la izquierda.

ESCENA I.

MARGARITA—NANCY.

(Margarita escribiendo en el velador. Nancy en la puerta del fondo espiando si viene alguien. Margarita lleva un manto negro sobre un vestido de color rosa ó azul y una media careta de terciopelo que tiene sobre la mesa.)

MAR. (Leyendo lo que lleva escrito.) «Cada vez me felicito mas de la buena idea que, alimentada por una sospecha, me hizo seguiros y averiguar vuestro verdadero nombre. Instalado por mi órden y despues de vuestro fatal encuentro con el Duque de Guisa en las habitaciones de mi fiel camarera Nancy, fué preciso hacer partícipe de nuestro secreto á mi buen hermano Cárlos, que al par mio os ha cuidado en estos dias con el cariñoso esmero de un padre. Ahora es preciso que sigamos sus consejos y que guardeis el incógnito mas rigoroso. Estoy muy vigilada y me limito por eso á escribiros; no quiero cometer una imprudencia. Hasta luego, sí

podemos vernos un momento. Pensad en mí, como piensa en vos vuestra Margarita.» (Cierra la carta y la sella.) Nancy?

NAN. Señora?

MAR. Esta carta á su destino.

NAN. Volando. (Va á marchar. Margarita la detiene.)

MAR. Escucha: le dirás de palabra que más tarde si me es posible, vendré á esta habitacion y aqui podremos vernos un momento.

NAN. En las habitaciones del Rey?

MAR. Naturalmente me inspiran mas confianza y me creo en ellas mas segura con que lleva ese billete á nuestro convaleciente y te aguardo en mi habitacion Ah! (Van a marchar y se encuentra con Renato.)

RE. Princesa!... (Inclinándose.)

MAR. (Hirguiendo su cabeza y pasando por delante de Nancy que oculta el billete apresuradamente, pero Renato lo ha visto ya.) Vamos Nancy, hay ciertas gentes tan audaces que no comprenden, ó no quieren comprender que hasta su presencia incomoda. (Vánse por el fondo.)

ESCENA II.

RENATO. (Sonriendo.)

Qué incomodo!... Harto lo sé, pero precisamente en incomodar me gozo, cuando no puedo hacer otra cosa ó cuando la persona que me odia debe ser sagrada para mí: pero si á ti no puedo herirte frente á frente, orgullosa princesa, no faltará á quien herir y la punta de mi acerado puñal llegará á tu corazon sin desgarrar tu fina piel. Oh! La reina ha prometido ayudarme y me ayudará. Cuanto tarda! A las cuatro me ha dicho. Ah! Ya está aquí. (Dán las cuatro en el reló. La Reina aparece en el fondo.)

ESCENA III.

RENATO-CATALINA.

RE. Bien habeis visto señora, que por ocuparme esclusivamente en el servicio de V. M. he abandonado mis propios intereses, y que sin embargo de haber recibido un sangriento ultraje...

CA. Lo sé, mi fiel Renato, y te doy gracias; pero tu venganza en estos momentos es imposible!

RE. (Con rabia.) Imposible!

CA. Si, porque desafiariamos la cólera del Rey y yo no podria defender tu cabeza. Seria necesario para que tu deseo se cumpliera, un motivo justificado, bastante serio, bastante grave y que á ambos nos pusiera á cubierto.

RE. Ese motivo, ó mejor dicho, ese delito, porque se trata de un delito, lo he descubierto ya.

CA. Tú?

RE. Que diriais, señora, si un miserable hidalgo se hubiese atrevido á poner los ojos en vuestra hija?

CA. En Margarita! ¡Sorprendida.)

RE. Qué diria V. M. si este audaz mancebo hubiese hecho olvidar á la princesa lo que á sí misma se debe?

CA. Renato! (Con altivez.)

RE. Y se hubiese hecho amar de S. A...?

CA. Eso no es posible!

RE. Yo mismo los he sorprendido en una de sus entrevistas amorosas, le he visto á los piés de la princesa, estrechando sus manos y besándolas con amoroso frenesí! Yo mismo acabo de ver un billete, indudablemente dirigido á él.

CA. Y ese hombre? (Con rabia.)

RE. Es el seductor de mi hija, y el mismo que me ultrajó en el camino de Blois. La vida de ese hombre me pertenece y vengo á reclamarla.

CA. La tendrás; yo te lo prometo.

RE. En cambio os ofrezco la mia.

CA. Oh! yo te juro que te vengarás; pero ahora será con

la anuencia, con la autorizacion del Rey. Yo misma le hablaré y cuando sepa...

RE. Cuidado, señora; es muy fácil que el Rey dude, que se resista.

CA. Le convenceré.

RE. Réstame pediros noticias de otra persona que á pesar de lo mucho que me ha ofendido, aun la amo.

CA. Paola insiste en tomar el velo en el convento de las Carmelitas, pero se niega absolutamente á verte. Dice que te respetará siempre y que pedirá continuamente á Dios por la salud eterna y por la salvacion de su padre, pero que no se exija mas de ella, porque seria inútil.

RE. (Con resignacion desesperada). Hágase como lo desea; pero como V. M. comprenderá, este es un nuevo motivo de ódio contra ese hombre.

CA. Oigo ruido.

RE. Es el Rey! (Asomándose al fondo.)

CA. Tan pronto!... Habrá vuelto ya de su cacería?

RE. Sin duda.

CA. (Abriendo la puerta secreta de la derecha.) Este pasadizo secreto comunica con mis habitaciones; entra en él y escucha lo que voy á decir á mi hijo. Despues vé á esperarme en mi cuarto.

RE. Obedezco! (Desaparece por la puerta secreta.)

UGIER. (En la puerta.) El Rey.

ESCENA IV.

CATALINA—REY—PIBRAC.

(El Rey aparece de muy buen humor, seguido de Pibrac, que queda en segundo término, y precedido de dos pages. Catalina permanece pensativa à la derecha.)

REY. (Se sienta en el divan izquierda.) Magnífico dia, Pibrac! Dos ciervos y un jabalí de once arrobas! Verdaderamente no puedo quejarme.

PI. Toda la gloria de la batida ha sido para V. M.

CA. (Adelantándose.) Señor!

REY. (Viéndola y demostrando disgusto.) Ah! Estabais aquí?

CA. Os esperaba. Necesito hablaros con urgencia de graves asuntos.

REY. Que pesadez! No me han de dejar gozar un dia completo de felicidad! Podeis hablar; ya os escucho.

CA. No estamos solos.

REY. Tambien Pibrac os incomoda? Como ha de ser!--Amigo mio, retírate; pero no te alejes demasiado. Cuando mi madre me deje libre, iremos á dar una vuelta al arsenal. (Los pages se retiran por el fondo.)

PI. (Bajo al Rey.) Detrás de esa puerta aguardo las órdenes de V. M. (Váse.)

REY. Ya estamos solos; hablad.

CA. V. M. no ignora que los enemigos de la religion y de la dinastía continuan conspirando y que hoy mas que nunca su audacia no conoce límites.

REY. Dejadlos conspirar á su antojo, puesto que sus planes no pasan nunca de ilusiones.

CA. Esa confianza pudiera ser perjudicial á vuestra persona y á los graves intereses que os están encomendados.

REY. Vive Dios, señora, que sin embargo de que sois mi madre, apenas me conoceis!... Si esos enemigos de que me hablais existen, si osasen levantar la cabeza, si yo creyese que la tranquilidad del Reino peligraba por su causa, harto sabeis que seria inexorable; pero yo no sueño, señora; yo no veo, como vos, fantasmas en todas partes, ni me dejo impresionar por farsas de predicciones, sortilegios, ni brujerías!... Yo soy hombre, señora, y como no tengo ódios que vengar, ni agravios que satisfacer, en tanto que no tenga pruebas para castigar, no derramaré ni una sola gota de sangre.

CA. Esa confianza puede perderos algun dia.

REY. Tranquilo espero con la conciencia satisfecha.

CA. Sabeis que la reina Juana se halla en camino y que llegará muy en breve á Paris?

REY. Lo sé.

CA. Sabeis que el matrimonio de su hijo con la princesa debe verificarse inmediatamente?

REE. Asi lo he decidido.

CA. Si, pero pudiera muy bien presentarse alguna dificultad que desbaratase vuestros planes?

REY. Y cual, señora?

CA. Que Enrique de Navarra no considerase digna de él á la que debe ser su muger.

REY. Ira de Dios! qué os atreveis á decir? (Levantándose furioso.)

CA. La verdad; yo soy madre y por doloroso que me sea el confesarlo no puedo negar que la conducta de Margarita no es en estos momentos, todo lo juiciosa que debiera ser.

REY. Acabad.

CA. Cierto tambien que no toda la culpa es suya, si no vuestra.

REY. (Asombrado.) Mia?

CA. Y si queremos evitar consecuencias aun mas desagrables es preciso hacer un ejemplar escarmiento.

REY. Esplicaos.

CA. Con una impremeditacion, disculpable si se tienen en cuenta las bellas cualidades de vuestro corazon, habeis acogido en vuestra gracia y rodeado de beneficios á un hombre oscuro, á un simple hidalgo, que enorgullecido con su privanza...

REY. (Tranquilizandose y sonriendo.) Ah! ya! quereis hablar de mi amigo Enrique de Corasé?

CA. Vuestro amigo! en boca del Rey semejante palabra rebaja su dignidad.

REY. Segun vuestra lógica el Rey no puede tener amigos?

CA. No, sino vasallos.

REY. Prefiero señora, aunque mi dignidad se ofenda, tener amigos que me amen, mejor que vasallos que me odien. (Vuelve á sentarse).

CA. De todos modos, el señor de Corasé es indigno de esa amistad. Abusando de vuestra confianza, ha osado poner los ojos en la princesa; la ama.

REY. (Sonriendo). De veras?

CA. Y lo que aun es mas grave, ha conseguido hacerse amar de ella.

REY. Y quién ha podido deciros tantas cosas?

CA. Es un hecho harto público para que el príncipe de Navarra, que tiene decididos amigos hasta en palacio, deje de ignorarlo. La única satisfaccion que podemos darle, es, que á su llegada, hayamos hecho en el criminal un pronto y ejemplar escarmiento.

REY. Naturalmente, señora, yo soy desconfiado y por mas que vuestros labios me aseguren...

CA. Señor, cuando yo afirmo no dudeis, cuando yo aseguro no os mostreis incrédulo; tengo pruebas.

REY. Presentadlas y os prometo que haré cumplida justicia.

CA. Puesto que es preciso decirlo todo, sea. Sabed que el mismo Renato...

REY. Ah! ya... Vuestro perfumista. (Sonriendo).

CA. Los ha sorprendido en uno de sus coloquios amorosos.

REY. Permitidme que os diga que la procedencia de la delacion es demasiada sospechosa.

CA. No lo negaré: su odio hácia ese hombre es inmenso; ansía vengarse, pero no por eso es menos cierta la verdad de lo que asegura.

REY. Y qué pretende Maese Renato?...

CA. Que V. M. le autorice por escrito para ser el vengador de nuestra honra ultrajada, si vuelve á sorprender á ese audaz mancebo á los piés de la Princesa.

REY. (Despues de haber reflexionado un momento). Está bien: voy á complaceros señora, pero con algunas condiciones. (Dirigiéndose á la mesa á escribir.)

CA. Hablad.

REY. (Escribiendo). Voy á firmar la órden que solicitais, pero decid á Maese Renato que en esta partida juega su cabeza que todo cuanto hagais para salvarle despues será inútil.

CA. Esplicaos.

REY. (Tendámosle un lazo...) Autorizo á Renato para que dé muerte á Mr. de Corasé, siempre que lo verifique á los piés de la Princesa, y en una cita ó conferencia amorosa; pero si por su desgracia se engañase, si diese el golpe en vago, si llega á ser víctima de alguna alucinacion de las que generalmente produce el odio, desgraciado de él! (Continua escribiendo y firma).

CA. Acepto en su nombre la responsabilidad y las consecuencias.

REY. (Dándola un pliego). Tomad pues!

CA. (Cogiéndolo con alegría). Ah!

REY. (Que ha continuado escribiendo). Ola! (Oh! Yo burlaré tus planes.)

(Pibrac aparece en el fondo y adelanta á colocarse frente al Rey en el otro lado del velador.—A Pibrac). Mandad disponer mi litera para ir al arsenal. (Bajo). (Esperad—Antes de marchar, haced que lleguen inmediatamente á su des-

tino estos dos billetes; la camarera Nancy no debe estar léjos; aguardadme despues en la sala de armas: allí iré á reunirme con vos.)

(Durante este aparte, Catalina no observa nada, entretenida en leer la órden que el Rey la ha entregado).

CA. (Despues de haber leido el pliego, doblándolo y guardándolo). Esto es! Nada mas se necesita!

REY. Estais satisfecha? (Sonriendo maliciosamente).

CA. Vos, señor, deberiais estarlo aun mas que yo.

REY. (Sonriendo). Es muy posible madre mia, que os arrepintais mas tarde.

CA. Jamás!

REY. Quién sabe! el hombre propone y Dios dispone. (Ofreciéndola la mano). Quereis que os acompañe á vuestras habitaciones?

CA. Como gusteis

REY. Vamos. (Vanse por el fondo.)

ESCENA V.

NANCY—AUMORY.

NAN. (Por la puerta izquierda 2.º término.) Ya marcharon. Al fin nos dejan el campo libre. (Viendo á Aumory que sale por la puerta del fondo.) Ah! sois vos?

AU. El mismo, gentil camarera, que como de costumbre os buscaba.

NAN. Para decirme tontunas y mentiras?

AU. Si mentira es el aseguraros que sois la mas bonita de todas las camareras y que os amo, me confieso el primer embustero de mi pais. Ya sabeis que soy gascon.

NAN. Vamos, vamos, señor caballero... os tenia por mas juicioso.

AU. Vuestros ojos han dado al traste con el poco juicio que me restaba; pero ahora no se trata de mí, ni os busco en este momento por cuenta propia.

NAN. Hablad.

AU. Mi señor, ó mas bien, mi amigo, porque me honra con ese título, acaba de recibir un billete, interesante á lo que parece, y me ha dado sus instrucciones.

NAN. Lo mismo que mi señora: es singular! yo tambien he recibido las mias.

AU. Decidme, adonde conduce esa puerta? (Señalando la de la izquierda segundo término.)

NAN. A una galería que comunica con los jardines.

AU. Y esta otra? (Por la de la derecha primer término.)

NAN. Al patio de los guardias que manda Mr. de Pibrac.

AU Y aquella? (Izquierda primer término.)

NAN. A las habitaciones de mi señora.

AU. Perfectamente: ahora queda la segunda parte de mi cometido.

NAN. Ya os escucho.

AU. Mi señor me encarga preguntaros si no teneis nada que decirme.

NAN. Precisamente, si; pero como habeis empezado por ocuparos de vos...

AU. Es muy cierto, pero la culpa no es mia; fuerais menos bella y no olvidaria yo tan pronto mis deberes.

NAN. Volvemos á empezar?

AU. Me callo pues.

NAN. La princesa me encarga deciros que aguarda al señor de Corasé en esta sala, dentro de un momento.

AU. En tal caso y por sensible que me sea abandonaros tan pronto, voy á comunicarle tan grata nueva; no hay tiempo que perder. Adios. (Vase.)

NAN. Adios.

ESCENA VI.

NANCY, á poco MARGARITA.

NAN. Si fuera cierto lo que me dice! Si efectivamente me amase! pero no nos hagamos ilusiones... la distancia que nos separa es difícil de salvar. (Viendo á Margarita.) Ah! ya está aqui la princesa! Parece conmovida! la carta que acaba de recibir y que me ha sido entregada por Mr. de Pibrac absorve toda su atencion.

MAR. (Primera puerta izquierda con una carta en la mano, que viene leyendo. Viste el mismo trage, el manto negro y la careta de terciopelo.) El contenido de esta carta me inquieta y preo-

cupa; sobre todo su conclusion. (Leyendo.) «Corremos un gran peligro, pero es necesario arrostrarlo; ejecuta exactamente mis instrucciones y nada temas, porque yo vigilo y me encargo de dar la señal »—Es singular! Ah! eres tú? Ejecutaste mis órdenes? (A Nancy.)

NAN. (Viendo á Enrique que aparece en el fondo, hablando con Aumory.) La presencia de S. A. os responde mas pronto que yo pudiera hacerlo.

MAR. (Viéndole.) Ah! (A Nancy llevándola aparte.) Escucha. (La habla bajo algunas palabras: Nancy parece sorprendida.)

EN. (A Aumory en el fondo, despues de hablarle.) Me has comprendido?

AU. Perfectamente. (Se inclina y se retira. Enrique cierra la puerta del fondo.)

NAN. (Bajo á Margarita.) Pero..

MAR. Silencio y obedece. (Nancy se inclina y vase puerta primera izquierda, la cual cierra.)

ESCENA VII.

ENRIQUE-MARGARITA.

EN. (Corriendo á estrechar la mano de la Princesa.) Mi amada Margarita!

MAR. (Temblorosa.) Ante todo, decidme, no habeis recibido una carta?

EN. Si. (Con la carta en la mano.)

MAR. (Enseñándole la suya que Enrique lee.) Igual á la mia?

EN. (Despues de haber leido.) Si igual no, muy parecida; como que ambas proceden de la misma mano.

MAR. Y no habeis podido adivinar que peligro es el que nos anuncia?

EN. Si he de ser franco, os diré que no he tenido necesidad de fatigar mucho mi imaginacion, porque nuestro bondadoso protector ha sido naturalmente mas esplícito conmigo y estoy enterado de todo... (Sonriendo.)

MAR. Y porqué conmigo ser menos franco?

EN. Hermosa Margarita, porque á un hombre se pueden decir muchas cosas que seria imprudente revelar á

una muger, por mas que esta se halle dotada, como vos, de un espíritu fuerte y superior.

MAR. Pero...

EN. Creedme, amada mia, obedezcamos las órdenes del que tanto nos ama y vela en este momento por nosotros. Antes de poco sabreis el fin de la aventura; pero no olvideis la señal que nuestro invisible protector se encargará de dar, cuando el peligro se aproxime, y obedeced ciegamente sus órdenes.

MAR. Asi lo haré, pero no quiero, no debo ocultároslo, tengo miedo.

EN. Miedo á mi lado?

MAR. Oh! sí; tiemblo por vos, por vos... á quien amo!

EN. Vuestro amor, amada mia me hace invencible! que puedo temer amparado con vuestro cariño?

MAR. Sin embargo...

EN. Tranquilizaos: yo, por el contrario, tengo fé en mi buena estrella.

MAR. Que el cielo os oiga! pero permitidme al menos ofreceros un obsequio, una reliquia que procede del Santo Padre y que dicen es muy milagrosa: yo misma quiero colocarla en vuestro cuello. Entonces estaré mas tranquila.

EN. Como gusteis.

MAR. La tengo en mi oratorio y voy... Ah! (Suenan tres palmadas.)

EN. La señal.

MAR. (Poniéndose la careta.) Enrique pensad en mí y defended vuestra vida; vuelvo inmediatamente con la reliquia. (Le tiende la mano que Enrique besa. Vase Margarita por la izquierda 1.ª puerta.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

Atencion! El momento se aproxima y el peligro avanza oculto en las tinieblas. Dejémosle venir y confiemos una vez mas en mi dichosa estrella. Valor y serenidad. (Margarita vuelve con la careta puesta y con la reliquia:

Enrique se arrodilla y Margarita la coloca en su cuello, sin desplegar sus labios.) Hermosa Margarita! (Besándola la mano.) Cómo podré pagaros el interés y el cariño que os debo? Todos los instantes de mi vida serán de hoy mas consagrados á vos... Esta preciosa reliquia, que segun decís, obra tan maravillosos milagros, no se separará de mí; la llevaré eternamente sobre mi corazon y ella me servirá de escudo contra las acechanzas de mis enemigos!... (Renato que ha avanzado silenciosamente, levanta el puñal y lo deja caer con violencia sobre el pecho de Enrique. Este se levanta como impulsado por un resorte.)

RE. (Con voz estridente y feroz.) Muere, pues, infame!...

EN. Atrás, miserable!

(Descubriendo su cota de malla debajo de la ropilla y mostrándosela á Renato.) Está forjada en Milan! Tu puñal florentino, no ha podido traspasar sus mallas.

RE. (Aturdido y sin saber que partido tomar.) Condenacion!

EN. Fuera de aquí, bandido! líbranos de tu odiosa presencia.

RE. (Confundido, se dirige primero al pasadizo por donde entró pero se halla cerrado: momentos de vacilacion). Ah! cerrada!

(Se dirige á la puerta del fondo y la encuentran tambien cerrada; se encamina en seguida à la derecha primer término, pero Aumory aparece en su dintel con la espada en la mano.)

AU. (En el dintel, gravemente y colocando la punta de su espada en el suelo.) Por aqui no.

RE. (Fascinado y tembloroso, se dirige á la puerta izquierda, pero retrocede nuevamente al centro de la escena, al ver en el dintel y del mismo modo que á Aumory á Mr. de Pibrac, con espada en mano) Ah!

PI. Atrás!

RE. Fatalidad! Fatalidad!

(En este momento se abre la puerta secreta; la reina Catalina aparece y coge á Renato por el brazo para llevárselo.)

CA. Por aquí!...

RE. Me he salvado!

(La puerta del fondo se abre y aparece el Rey seguido de sus guardias que quedan en el fondo. Poco despues Margarita por la primera puerta izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos, el REY seguido de sus guardias.

REY. Un momento, señora; no querais privar al Rey de sus derechos.

CA. El Rey!

RE. (Soy perdido!)

REY. Bravo, señores; me teneis acorralada la fiera y yo vengo á rematarla. Sospecho, maese Renato, que por esta vez habeis perdido la partida. Veamos; que significa todo esto?

RE. Señor!

CA. (Vivamente.) Señor, Renato no ha hecho mas que obedecer las órdenes de V. M., tratando de castigar á un criminal.

REY. Y recordais, señora, en qué términos estaba concebida esa órden? Habeis olvidado tan pronto las condiciones con que me presté á suscribirla?

CA. Señor, las condiciones eran que Renato habia de sorprender al señor Corasé á los plés de la Princesa y esto se ha verificado. Yo misma he sido testigo; en su consecuencia...

REY. (Sonriendo.) Estais en un error, madre, y la pasion os ciega.

CA. Os atreveriais aun á dudar?

REY. Ni esta dama es vuestra hija, ni este caballero la persona que vos suponeis.

CA. Qué esta muger no es la Princesa Margarita? Pues entonces quién es?

MAR. (Saliendo de su habitacion con distinto traje y quitando la careta á Nancy.) Mi camarera Nancy.

CA. (Asombrada.) Ah!

RE. (Condenacion!)

CA. (Señalando á Enrique.) Y este hombre? este hombre, quién es?

REY. (Cogiendo á Enrique de la mano.) Mi primo, casi mi her-

mano. El príncipe Enrique de Navarra, futuro esposo de vuestra hija! (Enlazando sus manos y abrazándolos.)

CA. (Aterrada.) Él!

RE. El príncipe de Navarra!

EN. (Inclinándose respetuosamente.) Vuestro hijo mas respetuoso, señora.

REY. (A Pibrac con tono firme é imperioso.) Capitan, conducid á ese hombre á la Bastilla y que mañana al romper el dia, caiga su cabeza en la plaza de la Greve.

RE. Señor!

REY. Obedeced! (Renato vase escoltado por Pibrac y los guardias. Catalina dá un paso.)

CA. Es que yo no puedo permitir...

REY. (Cogiéndola de la mano y llevándola aparte.) Lo que yo no puedo permitir, señora, es que por mas tiempo se abuse de mi bondad y de mi condescendencia. Esta misma noche partireis para vuestro castillo de Blois y no volvereis á la Corte hasta que yo lo mande.

CA. Habeis olvidado que sois mi hijo?

REY. Pues si no lo tuviera presente, pensais que se limitaria á un destierro mi castigo? Vuestro hijo soy, pero tambien soy Rey, y Dios y la posteridad me exigirán un dia la responsabilidad de vuestros crímenes.

CA. (Cubriéndose el rostro con ambas manos.) Señor!

REY. Id pues á hacer vuestros preparativos, y os deseo un viaje feliz.

CA. (Marchàndose.) (Oh! yo volveré pronto y la venganza de Catalina de Médicis será terrible.)

REY. (Volviéndose al grupo de Enrique y Margarita, que en union con Aumory han estado hablando durante el aparte anterior.) Con que vamos á ver, estais satisfechos?

MAR. Hermano mio! (Estrechando sus manos.)

REY. Dentro de ocho dias se verificará vuestra boda. Quien sabe si un dia necesitaré yo mismo de vuestro apoyo.

EN. Mi vida os pertenece, señor.

REY. Tu vida! Ah! consérvala cuidadosamente, Enrique (Bajo.) porque una voz misteriosa me dice que yo viviré poco; que mi raza es una raza degenerada, que toca á su fin, y que un dia ocuparás tú mi lugar.

EN. Yo, señor?

REY. Sí; y mi corazon me anuncia que llegarás á ser un gran Rey!

FIN.

NOTA.

Segun el gusto del público de la localidad en que este drama se represente, el Director queda desde luego autorizado por el autor, para elegir la última escena que mejor crea puede agradar, de las dos que aparecen impresas, esto es, la que precede ó la que se hallará en la página 73; debiendo advertir que aquella con que ha sido estrenada la obra, es la primera que aparece en la impresion.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, EL REY SEGUIDO DE SUS GUARDIAS.

REY. Un momento señora; me teneis acorralada la fiera y yo vengo á rematarla.

CA. (Con ansiedad.) Señor, Renato no ha hecho mas que obedecer vuestra órden.

REY. El odio os ciega habeis olvidado las condiciones con que consentí en suscribirla? Ni esa señora es vuestra hija, ni este caballero la persona que vos presumis.

CA. Quien es, estónces?

MAR. (Saliendo de su habitacion y quitando la careta á Nancy). Mi camarera Nancy!

CA. Y este hombre!...

REY. Mi hermano, el Príncipe de Navarra.

CA. El!...

RE. (Aterrado). El príncipe!...

REY. Capitan, conducid á ese hombre á la Bastilla y que su cabeza sea mañana entregada al verdugo!...

CA. (Suplicante). Señor!...

RE. (Con mirada de tigre). Condenacion!... estoy perdido, pero, vive el cielo que no moriré sin venganza!... esta vez yo sabré donde herir!... (Todo esto dicho ràpidamente, se lanza sobre Enrique; Aumory que ha seguido todos sus movimientos le ataja el paso, hiriéndole en el pecho con su espada.)

AU. Y yo tambien!... (Le hiere).

RE. (Cayendo en brazos de Pibrac.) Ah!... (Muere; los guardias lo retiran.

CA. (indignada.) Miserable! que habeis hecho!...

AU. Cumplir con mi deber. (Hincando ante el Rey la rodilla). Ahora que S. M. disponga de mi vida.

REY. Alzad... Premio se concede siempre al qúe mata á un animal dañino; vos lo mereceis mejor por haber rematado una fiera.

CA. (Con altivez). Señor!... sabeis lo que decis?...

REY. (Llevándola aparte.) En cuanto á vos, señora, saldreis

esta noche desterrada de la corte y no volvereis á ella sin mi espreso mandato...

CA. Pero!...

REY. Podeis ir haciendo vuestros preparativos de viaje.

CA. Está bien (Con rabia), pero volveré pronto y la venganza de Catalina de Médicis será terrible! (Váse.)

REY. (Dirigiéndose á Enrique y Margarita y colocándose entre ambos.) Y vosotros estais satisfechos?

EN. (Inclinàndose). Señor!...

MAR. Hermano mio!...

REY. Dentro de ocho dias se verificará vuestro enlace. Ahora podeis vivir tranquilos, yo velo por vosotros.

FIN.